

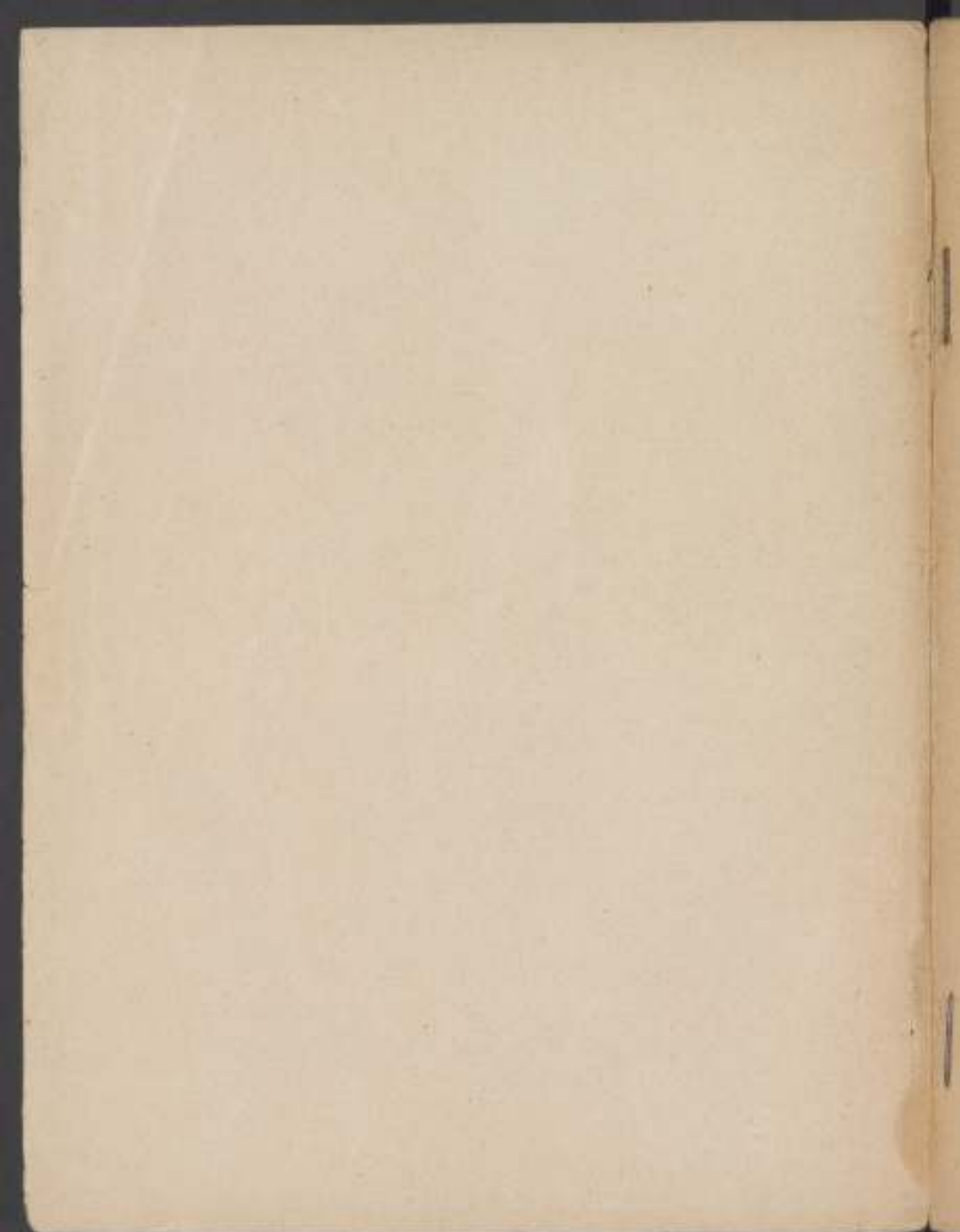
ROSITA DIAZ
AGUSTIN GODOY

LA DOLOROSA



1 pta

EDICIONES
ESTASNE



LA DOLOROSA

La presente narración
es propiedad de
EDICIONES BISTAGNE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18841 - BARCELONA

La Dolorosa

Magnífica producción nacional. Adaptación cinematográfica de la
popularísima zarzuela, del inspirado poeta aragonés

Juan José Lorente

y del glorioso maestro

JOSÉ SERRANO

EDICIONES P. C. E.

Producción y Distribución

(FALCÓ Y COMPAÑÍA, S. C.)

Central: Jorge Juan, 9 — Valencia

Para Cataluña, Aragón y Baleares

M. de Miguel

Consejo de Clinto, 292

BARCELONA



Argumento narrado por Ediciones Bistagne

La realización de LA DOLOROSA

Personal técnico

Director: J. GREMILLON
Ayudante de dirección: André Barzac
1er. operador: Jacques Montherand
2do. " José María Beltrán
Ingeniero de sonido: Luis Marquina
Ayudante de sonido: Esteban Muñoz
Director de Estudios: Miguel Pereira
Decorador: José María Torres
Maquillador: Kraft
Maestro compositor y director: M. Montorio
Fotógrafo: Manuel Novoa
Laboratorios: Madrid Film (Enrique Blanco)
Estudios: C. E. A. (Ciudad Lineal) Madrid
Registro sonoro: Tobis Klang Film

Intérpretes de la DOLOROSA

Dolores	ROSITA DIAZ
Nicasia	Mary Amparo Bosch
Madre de Dolores	Pilar García
Juanica	Eva López
Sirviente.	María de Anaya
Inés	Maruja Berges
Rafael.	Agustín Godoy
Perico.	Ramón Cebrián
Prior	Luis Moreno
Natalio	José María Linares Rivas
Tío José	Anselmo Fernández
Tío Bienvenido.	Alberto López
Don Serafín	Luis Llaneza

La Dolorosa

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

PAZ DE ALDEA

El pueblito se encaramaba por la loma de la sierra como un rebaño de blancas ovejas que fuera a pacer en aquel terreno yermo, de color ocre, reseco y bravío, en el que eran escasas las lluvias y duros los soles del verano. Sólo las mieses crecían en aquella tierra como una bendición de Dios, y el dorado trigo daba al paisaje con sus tonalidades amarillentas, que ondulaban movidas por la brisa, la apariencia de un enorme lago de oro.

Las casas, de barro y paja, encajadas algunas y otras mostrando al natural el color de los terrones que las formaban, iban trepando loma arriba hasta llegar muy cerca de la cúspide. Eran todas pequeñe-

las, pobres casitas de labradores que vivían del trabajo de la tierra y que tenían hincada en ella, muy honda, su raíz, porque en ella habían nacido, y en ella habían nacido también sus padres y los abuelos de sus padres y los abuelos de los abuelos... Así, de generación en generación, habían ido sucediéndose las familias en aquel rinconcito de tierra que, si no era ni el más bello ni el más rico, era el que ellos querían más, porque era el único que conocían y, además, era el suyo.

Sólo alguna casa de mejor apariencia, alguna casa de gentes acomodadas, se destacaba entre las otras y, entre todas, se destacaba so-

berbio, magnífico en su sencillez, el convento de los monjes, algo apartado de la población, rodeado de huerta, con su gran patio interior rodeado por el gótico claustro, convento que se había edificado cuando aquello era una perfecta y magnífica soledad, hacía acaso más de dos siglos, y que había visto nacer y crecer aquello que fué primero una aldeuela y era ahora ya un pueblo con sus ribetes de ciudad. Los monjes se habían venido también sucediendo dentro de los muros claustrales y unos habían venido a sustituir a otros a través del tiempo y de los años que desfilaban sin alterar la fisonomía de la orden austera que seguía las huellas firmes y seguras trazadas por su santo fundador.

No lejos del convento estaba la ermita, en la que se veneraba la imagen del Santo protector del convento y, naturalmente, estaba al cuidado de los monjes el arreglo de la humilde capillita campesina cuyo mayor mérito era la antigüedad de su construcción y un fresco de la Virgen, de "La Dolorosa" que, aunque algo deteriorado por el paso de los años, conservaba todavía la belleza del colorido y la dulzura de la expresión.

El actual padre prior, hombre de talento y muy celoso de la conservación de las obras de arte, había

hecho muchas reformas, tanto en el convento como en la capillita, a fin de reparar los estragos hechos en ellos por el tiempo, y había procurado que la mano inhábil o desconocedora de los obreros de que podía disponer en aquel apartado rincón de mundo, no desbaratara la fisonomía característica de aquellas edificaciones debidas a épocas remotas.

Y ahora estaba empeñado en reconstruir aquel fresco de "La Dolorosa". Había venido a pasar una larga temporada en el pueblo un pintor joven, afamado, que les había hecho ya a los monjes varias obras y del que el prior estaba satisfechísimo. Era un muchacho de Zaragoza, artista de alma, que había estudiado en su ciudad y en Madrid y había venido al pueblo, en donde residía su ama, para tomar algunos bocetos y apuntes con los que hacer, más adelante, una exposición de obras pictóricas.

El prior le había hablado del cuadro de "La Dolorosa" y de sus deseos de repararlo en cuanto fuera posible y aquella tarde, una de las más bellas del mes de mayo, habían ido el pintor y el fraile a visitar la capilla y a examinar el primero el estado en que estaba aquella pintura de la que el prior le hacía tantos elogios.

La luz suave del sol de la tarde

se filtraba por el ventanal de la capilla y daba de lleno en aquel rostro, de una belleza incomparable, en el que el dolor había puesto un sello de sublimidad magnífica. El pintor se había quedado contemplando embebido aquel rostro y meditaba largamente acerca del artista desconocido que había depositado en él, con admirable acierto, todo el sentir de su alma de cristiano. Alma grande y hermosa hubo de ser la del artista que había realizado aquella maravilla. Alma privilegiada y protegida por Dios, para poder llevar a cabo con aquella expresión tan justa y acertada, la expresión más difícil de reproducir, la expresión de un dolor profundo sublimizado por un misticismo ultraterrestre.

—Vedlo— decía el prior entusiasmado ante aquella obra—: es un tesoro que el tiempo nos quiere arrebatarse con su profana impiedad. Hemos de defenderle con nuestra devoción... pero ello no es bastante... ¡Necesitamos de vuestro arte para que no desaparezca ese rostro tan bello!

—Extraordinariamente bello, padre! — exclamó el pintor con arrebatado—. Por esto temo que mi pobre arte fracase en este intento. ¡Es tan difícil coincidir con la inspiración ajena!

—Bien está la modestia, Rafael;

pero en el convento tenemos ya muy abundantes pruebas de vuestra maestría y estoy seguro de que habéis de triunfar en esta empresa.

—Crea vuestra Reverencia que en este caso, más que en ninguno, quisiera acertar. ¡La Dolorosa!... ¡Es un tema de tan honda inspiración para el alma cristiana!

—Estoy seguro de que triunfaréis, hijo mío. Jesús no ha de negarnos su divina gracia, siendo para su Madre Santísima.

—Padre, rueguen todos ustedes para que tenga un buen acierto... Tengo miedo de defraudar a vuestra Reverencia, que tanta confianza tiene puesta en mí. Por mi parte, haré cuanto esté en mi mano y en mi saber para restaurar este fresco que es una de las joyas más valiosas que ustedes poseen.

El fraile y el pintor salieron de la ermita. La tarde era esplendorosa y el valle estaba inundado de luz de sol, de un sol brillante que, en aquella hora en que iba a iniciarse el crepúsculo vespertino, tenía destellos fulgurantes que se empeñaban en combatir a las sombras que pronto serían las reinas de la tierra.

Perico, el guardián de la ermita, un mocetón recio y firme, como todos los de su tierra, esperaba a los visitantes con las llaves en la mano, dispuesto a cerrar la puerta en

cuanto ellos hubieran salido. El padre prior, que venía hablando con Rafael, se detuvo un momento ante el mozo y le dijo, con aquel tono de dulzura que le era peculiar y que le había hecho querer no sólo de todos sus hijos espirituales, sino de todo el pueblo en masa, que decía de él que era un santo:

—Oye, Perico, cierra bien la puerta y deja las llaves en la portería.

—Descanse vuestra Reverencia —dijo Perico inclinándose a besarle el escapulario.

—No lo olvides, ¿eh? Ya sabes que dentro de esta ermita hay un tesoro y que no podemos abandonarlo de cualquier manera. Don Rafael nos restaurará este tesoro que poseemos. Tú eres el que ha de cuidar de protegerlo.

—Descuide vuestra Reverencia. Se hará lo que manda.

El prior y Rafael se alejaron, a paso lento, como gozando de la tibieza del sol y de la diafanidad del aire, hacia el convento que se alzaba allí, frente a la ermita, y dentro del cual la paz que reinaba en toda la aldea, se hacía más honda y más sublime. A Rafael le gustaba ir a sentarse en aquel claustro en donde los pensamientos se desgarraban fácilmente, porque nada venía a turbarlos. Le gustaba ver la marcha de los monjes, con su

paso silencioso, metidos en sus albos hábitos, con la capucha sobre el rostro, fija en tierra la vista, como si fueran espectros o seres irreales de un mundo desconocido. Y Rafael pensaba que, en realidad, eran seres de un mundo totalmente desconocido para los que vivían fuera de aquellos muros y no alcanzaban a comprender el sublime renunciamiento de aquellas almas.

Perico, al ver alejarse a los dos visitantes, se acercó a la puerta de la ermita y cerró con la doble vuelta de la llave grande y mohosa, echó luego la cadena, puso el candado y, cuando ya iba él a su vez a alejarse de aquel lugar, le sorprendió un grito que le era muy familiar:

—¡Cu-cú!... ¡Cu-cú!...

Perico, haciéndose el desentendido y muy atareado en cerrar bien la puerta, se dijo para sí:

—¡Ya pués hacer el cuco, ya!... No hay pío sordo que el que no quíe oír. Si algo quíe ya t'acercarás, moza...

—¡Cu-cú!...—volvió a gritar la voz femenina, mientras un rostro alegre, fresco, colorado, de muchacha del campo, asomaba por la esquina de la pared de la ermita y soltaba una gran carcajada que llenaba el aire de ecos.

—¡Toma, la Nicasia!... —excla-

mó Perico haciéndose de nuevas—. ¿Qué te trae aquí?

—Pues, tú verás... Perico, yo quisá decirte una cosa—musitó la moza bajando los ojos con rubor.

—Pos revienta de una vez —le contestó Perico marchando camino adelante sin querer detenerse a hablar con ella.

Nicasia dió unos pasos precipitados hasta ponerse al alcance del mozo, le tomó por el brazo y quiso hablarle; pero de nuevo la detuvo la risa, una risa sonora y alegre, y bajando los ojos dijo:

—Es que me da mucha vergüenza...

—Pos no me la digas...

—Es que quiero icírtelo, hombre...

Decidida, acercando su boca de grana a la oreja del mocete, rápida y sofocada, le dijo unas palabras que ni el aire pudo escuchar, pero que llenaron de indignación a Perico, que estaba quizá más rojo que ella.

—¡A ver si llamo a mi padre! — exclamó con ira—. Eso no lo icaen las mozas...

—Pos como tú no me dices nada... una... ¡una tié que darse a entender!

—Amos, Nicasia, no seas provocadora...—exclamó Perico mirando a la chica con buenos ojos mientras la bocuza enorme se le llenaba con

una sonrisa complacida y codiciosa y los ojos le brillaban iluminados por el desco.

—¡Uy, qué hombrecico!... ¡Eres un apocao!... ¡No tiés ánimos para nada!—dijo ella acercándose mucho a él y provocándole con sus miradas y sus acciones francas y sencillas, pero llenas de malicia.

—No es ánimo lo que me falta —dijo Perico con timidez invencible—. Es que tengo que ir a llevar las llaves al convento. El prior me lo ha mandao y se va a enfadar si no lo hago. Déjame.

—No te dejas, ¡ea! Hoy quiero estar contigo. Siéntate aquí, a mi lado, y charlemos un ratico... Ya llevarás luego las llaves.

Los dos mozos se sentaron en el pretil del puentecillo y era ella la que hablaba y se reía y le incitaba, mientras él, temeroso de que alguien les viera, acobardado ante aquellos arranques súbitos de la mujer, miraba a todas partes con recelo. Nicasia se reía. Le gustaba el rubor del mozo, pero le hubiera preferido más atrevido... ¡Estaba la tarde tan bonita y la primavera cantaba tan fuerte dentro de ella!... ¡Qué apocao era el hombre, qué apocao!... Pero ella tenía arrestos para los dos.

Cortó unas flores silvestres, agarró del brazo a Perico, jugueteó con sus cabellos negros y mal cui-

dados un buen rato y luego se empuñó en colocarle una flor sobre la oreja, medio escondida entre aquellos rizos un poco salvajes, como de borrego, que a ella le tenían encandilada.

—Miá tú que tiés ganas de comprometerme—dijo Perico cada vez más sofocado.

—¿De comprometete?... ¡Quíá! ¡Si la que me comprometo soy yo! ¿Es que no te gusto?

—¿Gustarme?... Es que... es que... ¡Dios mío, si ya tocan el Angelus!... ¡Y yo tengo que llevar las llaves al convento!

Desasíéndose de los brazos de Nicasia que aun le quieren retener más a su lado, sale corriendo en dirección al convento, sin volver la cabeza, sin querer escuchar los gritos de la Nicasia, porque sabe que si vuelve a mirarla o contesta a sus voces, volverán a enfrasarse en la conversación y llegará al convento cuando ya los monjes estarán en la iglesia rezando las nocturnas.

Rafael ha salido del convento. En aquella hora dulce del atardecer, los monjes acuden al coro y ya Rafael no puede estar allí dentro; es la hora del recogimiento para los hombres consagrados a Dios y ningún seglar tiene derecho a turbar la paz del claustro con sus pisadas profanas o el eco de su voz que, en

aquel silencio, parece una impiedad.

Rafael ha prometido ponerse en seguida a la obra que le pide el prior y mientras marcha hacia el pueblo, va pensando en el cuadro de la Dolorosa que tanta belleza tiene y que él ha de restaurar con su mano todavía poco avezada... Es un artista y, como gran artista, siente ante lo sobrenatural su pequeñez insignificante. ¿Quién es capaz de reproducir el misticismo dolido de una Madre que acaba de perder a su Hijo en el más cruel de los martirios?

Rafael marcha campo adelante, con la mirada perdida en el espacio, que ahora está enrojecido y dorado y que en el horizonte se diluye en un violeta suave a trechos y cárdeno en otros. El cielo luce esplendorosamente la caricia del sol que se marcha. Rafael piensa que está tan bello como el rostro de la amada cuando acaba de recibir las caricias largas y apasionadas del amante y lo contempla con delección, queriendo penetrar en el misterio de aquellos colores que nunca, pintor alguno, ha podido penetrar.

Su casa está metida en el pueblo. Rafael quisiera que el camino fuera más largo antes de llegar allá y que el crepúsculo fuera largo, largo, sin término... Pero el sol tie-

ne prisa en marcharse, y los colores brillantes palidecen y la tierra se va cubriendo de sombras y el cielo se torna de un gris de ópalo, transparente y suave, y por el oriente comienzan a brillar las estrellas más potentes, que se atreven a mostrarse cuando aun el día impera en la tierra.

Rafael marcha con paso lento, tarareando un aire popular, mientras se extiende por toda la llanura el manto de la noche y las montañas lejanas destacan sus siluetas oscuras sobre el cielo pálido, recortadas y sombrías como gigantes dormitando o como colosos envueltos en un ensueño embriagador.

EL TRABAJO DEL ARTISTA

Apenas amanecido, Rafael ya no podía dormir. Toda la noche la había pasado pensando en el rostro de la Dolorosa y, en un arranque de inspiración, en cuanto la luz del sol llenó su estudio—y lo llenó muy pronto, porque el gran ventanal daba a oriente y los primeros rayos del astro penetraban por él en cuanto asomaban por el horizonte—, saltó del lecho, se puso una bata y tomó el carbón, delineando con verdadera fiebre productiva aquellas facciones que habían quedado grabadas en su cerebro y que le tenían como alucinado.

Rafael no estaba contento de su obra. Después de dibujar y dibujar, miraba con detenimiento y horra

en seguida, para recomenzar el trabajo de nuevo. Hubiera querido acertar con aquella expresión dulce y dolida, con aquella expresión en la que se leía todo el dolor humano y toda la resignación divina, y no lograba dar con ello... ¿Era acaso superior a su arte? ¿Sería incapaz de realizar aquello que él sentía tan bien? ¡No!... Estaba seguro de que triunfaría en la empresa, porque estaba seguro de que su arte respondería a su voluntad y, sobre todo, a su sentimiento.

Así estuvo tiempo y más tiempo, sin darse cuenta de las horas que pasaban y de que el sol se iba levantando en el horizonte y de que ya pronto sería el mediodía. Rafael

estaba tan abstraído en su obra, que para él el tiempo era como si se hubiera detenido. El carbón, en su mano, era algo maravilloso y en el lienzo diseñábase ya la cabeza de la Dolorosa, sino con toda la expresión que él quería darle, con una muy parecida. Comenzaba a sentirse contento de sí mismo, cuando vino a interrumpirle la vieja ama, que entró con una taza de café con leche en la mano.

—¿Quién te ha pedido café?— le preguntó Rafael sonriéndole.

—Nadie. Pero yo sé que lo necesitas.

—Mira, ama, ahora no puedo perder el tiempo... ¿No ves que estoy dibujando? No puedo dejar pasar la inspiración.

—Pero, hijo, necesitas comer también. No olvides que no sólo pintas con las manos, sino que pintas con la boca... Si estás débil, poca inspiración tendrás. Anda, vas a tomar ahora mismo esto que te traigo. Si no te alimentas, se te quedará ancho el pellejo... y ése no puede encogerse como los vestidos.

—Que me dejes, ama, que me dejes... ahora no puedo atenderte.

—Y yo no quiero dejarte. ¿Crees que voy a consentir que te me pongas enfermo?

—Ama, no tengo apetito...

—Y yo te digo que vas a tomártelo ahora mismo.

Don Serafin, un viejo amigo de Rafael que viene a visitarle todos los días, ha entrado en el estudio del pintor sin ser oído y, con gracia, interrumpe la discusión diciendo:

—¿Caray!... ¡Y yo que me he marchado de casa para no oír reñir!... Si es inútil... entre un hombre y una mujer siempre ha de haber discusiones.

—Diga que no, don Serafin... Es este niño, que no quiere tomar nada... Ayúdeme usted a convencerle, don Serafin. Dígale usted a este rebelde que para vivir y ser un gran artista es preciso comer... aunque sólo sea de vez en cuando.

—¡Natural, hombre! Ama Catalina tiene razón. Es un principio de los más elementales, que nadie ignora... exceptuando a los camaleones... Y digo yo que tú no estás estudiando para camaleón.

—No haga usted caso a ama Catalina. Es una charlatana y una exagerada. Si tuviera que hacerle caso, estaría ya como un lechón.

—Ya se ve... Mire lo rollizo que está el chico... ¡Si parece que le hayan chupao!

—Vamos, ama, cállate. No quiero que te pongas pesada—dijo Rafael con un poco de acritud, involuntaria por cierto, porque él quería mucho a su ama.

—Ama Catalina tiene razón y tú

no debes llamarla pesada. Ella te ha visto nacer y te ha hecho casi de madre. Por eso es para ti como yo, franca y leal.

—Perdóname, ama. Ya sabes que cuando dibujo y pinto, me olvido de quién soy y cometo muchas torpezas. El arte me aprisiona y me hace a veces desbarbar. Don Serafin me ha convencido. Para que estés contenta voy a tomarme el café y me sabrá a gloria, porque lo has hecho tú.

—¿No lo digo yo? Si ese niño es un zalamero. ¿Quién va a enfadarse con él? Por eso yo, para él, salvando las diferencias del rabo y de los andares, soy como una petra.

—Hay que vivir, Rafael, hay que vivir... y en la vida no es todo arte. Pero para vosotros todo lo que es prosa vil os molesta y hace daño. Y eso no está bien. Bueno es que te pases la vida en las nubes, pero al cuerpo hay que darle todo lo que tiene derecho a exigir.

—Ya ven cómo obedezco humildemente—replicó Rafael, sorbiendo con desgana el café.

—Y ahora te arreglarás y te vendrás conmigo. Quiero llevarte a una reunión de niñas casaderas donde se te van a rifar.

—¡Oh, no... eso me aburre sobranamente!

—¿No ve usted?... Es un viejo,

un viejo sin gracia y sin ángel... Aunque le rifen, no le toca a ninguna—exclamó ama Catalina, para la que era incomprensible aquel modo de proceder del muchacho, siendo como era él tan guapo, tan simpático y tan artista.

—Pero, don Serafin, hoy están ustedes para burlarse de mí... ¿Se han confabulado para hacerme perder la paciencia?

—Nos hemos confabulado, ella para hacerte comer, y yo para lograr que te diviertas un poco. No está bien que a tu edad hagas esa vida de ermitaño. Toda tu distracción es el convento...

—Ya sabe usted que trabajo en él.

—Sí. Pero cuando acabas el trabajo, te quedas charlando con los monjes, en lugar de venir al pueblo a ver a las chicas guapas.

—Don Serafin, usted sabe que a mí eso no me interesa. Yo vivo de mi arte.

—Pero tú tienes que ir pensando en casarte, hombre de Dios. Del arte vivirás... a medias. La verdadera vida está en el amor.

—¡Qué don Serafin éste! —rió Catalina, encantada de oír decir aquellas cosas que ella no se atrevía a decir al joven.

—El amor llegará a su tiempo —replicó Rafael—. Precisamente yo creo que al amor no hay que

buscarlo, porque entonces se esconde y se torna esquivo. El vendrá solo... y entretanto no me hace falta. ¡Estoy ya enamorado de mi arte!

—Y dale con tu arte. Estoy conforme en que le dediques lo mejor de tu vida; pero créeme a mí, lo mejor para tu arte y... lo peor para las mujeres... También ellas son obras de arte. ¿Vendrás conmigo a casa de la viuda de Garcerán?

—Iré, si usted se empeña.

—Entonces vendré por ti. Esta tarde dan una merienda y estarán allí reunidas las mejores chicas del pueblo. A ver si alguna te gusta, hombre.

—¿Alguna... o todas?—preguntó Rafael irónico, a tiempo que don Serafín y Catalina salían y le dejaban solo y podía él volver a sus carbones y a sus pinceles y a su inspiración, que era, como había dicho muy bien, su novia y su mejor amiga.

Por la tarde, a eso de las cuatro, ya estaba Serafín en casa del pintor, cuando aun éste no había comenzado a arreglarse.

—Vamos, de prisa, ¿o es que quieres llegar a los postres?

—No tardo ni cinco minutos en "ponerme guapo", como dice Catalina. Se lo prometo.

Entró en su cuarto y a poco salió de él vestido con una elegancia sencilla e irreprochable, muy en

consonancia con la pequeña fiesta familiar a la que iba a asistir.

—¿Cumplí mi promesa?

—Cumpliste. ¿Has dicho cinco minutos? Creo que han sido sólo cuatro y tres cuartos. Muy bien. Vamos andando.

Cruzaron algunas calles y entraron por fin en una propiedad, la mejor del pueblo, que estaba rodeada de unos jardines frondosos y grandes en donde aquella tarde se escuchaban risas y conversaciones juveniles por todas partes. Serafín llevó a Rafael hasta donde estaba la dueña de la casa, una señora de pelo cano, rostro noble, modales distinguidos, que les recibió con una franca cortesía.

—Doña María Baleázar, viuda de Garcerán, señora de esta casa... —dijo Serafín presentando—. Mi amigo Rafael Lucientes.

Rafael se inclinó a besar los dedos de aquella señora que le había tendido la mano diciéndole, bondadosa y afable:

—Muy satisfecha de saludarle, señor Lucientes. Siempre que le plazca honrar esta casa, será en ella bien recibido, como amigo de uno de nuestros mejores amigos.

—Gracias, señora.

—Gracias, digo yo también —interrumpió Serafín, al que no agradaban demasiado los cumplidos ceremoniosos—, porque ese

"mejor amigo" soy yo, ¿te has enterado, Rafael?

Se rieron jovialmente, rompiendo aquella risa el hielo que impera siempre en todo nuevo conocimiento, y Serafín aprovechó el momento de mayor cordialidad, para preguntar a la viuda:

—¿Y Dolores? ¿Dónde está?

—Véala, jugando con sus amigos. Usted no sabe lo chiquilla que es esa criatura. Voy a llamarla. Estará contenta de conocerle, señor Lucientes.

Y llamó con voz clara y potente:

—¡Dolores!... ¡Dolores!

—Mamá, ¿qué quieres?

—Ven un momentito, hija.

—Voy en seguida, mamá.

Corriendo llegó la muchacha que era fina, esbelta, graciosa, bonita y de una mirada clara y dulce y una boca alegre y risueña.

—¡Hola, don Serafín!... Ya llegó a nuestra casa lo que esperábamos. Aquí no puede haber fiesta sin usted.

—¡Ah, pequeña, qué mala eres! Si tuviera veinte años menos, no diré que no, pero a mi edad, ¿cómo voy a creer eso que dices?

—Pues es verdad.

—¿Tanto me has echado de menos? ¡Picaruela!... Hoy te traigo a un amigo mío, Rafael Lucientes, sucesor de Murillo, émulo de Velázquez y competidor de El Greco.

—¡Qué don Serafín! ¡Siempre está dispuesto a burlarse de cualquiera!—dijo Rafael sonriendo un poco molesto y mirando maravillado la belleza serena y perfecta de la hija de la casa.

—Yo tengo mucho gusto en conocerle, aunque no sea usted nada de lo que nuestro amigo dice. Pero yo sé que es usted un artista de talento, aunque no quiera usted confesarlo.

—Señorita, yo... no soy más que un humilde pintor, con muchas ansias de gloria, pero nada más.

—No lo creo yo así—intervino doña María—. El prior del convento me ha referido todo lo que usted ha hecho en él y lo bien que lo ha hecho.

—Diga que sí, doña María; pero ese muchacho es como una violeta. Dime, tú, ¿te he exagerado yo al hablarte de esta preciosidad?—preguntó mostrando a Dolores, que escuchaba risueña y feliz.

—Sí, es cierto, no me ha exagerado, parece... parece...

—¡Oh!... Huyo, porque me marean las lisonjas...—exclamó Dolores interrumpiendo al muchacho—. ¿Vendrá usted con nosotros? Dejaremos aquí a los viejos que charlen y nosotros nos iremos a jugar, ¿quiere?

—Soy muy poco a propósito para alegrar una fiesta, señorita. Don

Serafin me llama el "aguafiestas". Pero si usted lo ordena...

—Ordene y mando. ¡Ay de usted si se niega a obedecerme!

Dolores echó a correr hacia el grupo de amigos y amigas que allí lejos se reían con frescas y juveniles carcajadas y jugaban como si fueran niños en vacaciones. El andar de la muchacha, airoso y gentil, atrajo a Rafael casi tanto como su rostro. La encontraba perfecta en todo. Jamás había visto a una mujer que reuniera tan raras condiciones como aquella criatura que parecía estar completamente desocupada de ellas.

—¡Qué chiquilla!— exclamó la madre mirándola complacida—. Su alegría borra todas mis penas. Gracias a ella vivo. Su risa, su charla, su jovialidad, dan luz a mi vida harto triste desde que me faltó mi esposo. Siempre está ideando cosas para divertirse y divertirme. Es como un jilguero en esta casa, que sin ella sería como un cementerio.

—Es un verdadero encanto de criatura—asintió don Serafin.

—¡Un encanto!— exclamó Rafael como ausente, siguiendo con sus ojos deslumbrados la silueta de la muchacha, que se movía entre el grupo de invitados con una viveza y una flexibilidad que la hacían adorable aun vista a distancia.

—Gracias... Les estimo las lison-

jan que dedican a mi hija. Ella es todo mi tesoro, y no extrañen que tenga puesta en ella toda mi ternura. En una madre todo puede disculparse; hasta que la halague el que piropeen a su hija.

—De tal palo tal astilla, doña María—dijo Serafin mirando a la vieja señora, que sonrió benévola.

—Por Dios, don Serafin, consiento que poropee a la niña, pero no a mí. Eso es ya demasiada galantería!

Rafael se quedó silencioso mucho rato, abstraído en una de aquellas divagaciones de las que se dejaba llevar frecuentemente, y no escuchaba la charla que a su lado sostenían Serafin y la señora de la casa. El seguía muy atento todas las idas y venidas de Dolores y escuchaba el sonido de su risa inconfundible entre todas las demás, porque era una risa fresca, llena, sonora, que tenía vibraciones de bronce y se desgranaba como el trino de un pájaro soberbio.

Súbitamente, como si fuera producto de aquella larga meditación, Rafael volvióse a doña María y le dijo con la voz un poco alterada:

—Señora, perdone... Si usted me permitiera...

—¿Sí?— contestó la señora de Garcerán mirando sorprendida al muchacho.

—Tal vez sea excesivo atrevimiento... yo no sé si debo...

—¡Acaba, don escrúpulos! ¿No ves que tienes inquieta a doña María con ese preámbulo?—intervino Serafín para ayudar al chico.

—Es la primera vez que vengo a esta casa y pudiera parecer confianza excesiva por mi parte. Lo ruego que me perdone y que no se ofenda por mi atrevimiento. Pero tiene su hija de usted una cara tan bella, tan perfecta, que yo quisiera... yo quisiera pintarla. Sólo unos apuntes, ¿sabe usted? Si usted me autorizara...

—¿Por qué no? En caso de que ella quiera, yo no tengo inconveniente. Es usted amigo de don Serafín y ese solo título le abre a usted las puertas no sólo de mi casa, sino de mi confianza. Háblele a Dolores y si ella quiere...

—¡No va a querer! Estoy seguro que dirá que sí en seguida —dijo Serafín con su franqueza extremada.

—Por mi parte, me sentiré muy honrada, señor Lucientes.

—El honor será para mí, señora. Honor y un placer incomparable, porque un artista no encuentra todos los días modelos de tan rara perfección.

—Yo te arreglaré ese asunto—añadió Serafín.

—¡No, por Dios!—exclamó Ra-

fael riendo con un poco de susto—. Esto es una cosa seria, Serafín, y usted todo lo trata en broma... Otro día hablaremos. Prefiero que sea usted misma, señora, la que se lo indique... no vaya a creer que es una pretensión mía extremada. Usted sabrá decírselo mejor que yo.

—Como usted quiera. Así lo haremos.

—Gracias, señora; no sé cómo agradecerle...

Dolores venía otra vez hacia ellos corriendo y acalorada por el juego y por las bromas que hacían entre ellos y les embriagaba de alegría.

—Venga usted con nosotros, Rafael—le dijo—. Mis amigos quieren que juegue usted con el elemento joven y no que se esté entre viejos.

—Pero, si yo...

—Lo dicho, ¡ordeno y mando!... ¿Viene usted?

—Puesto que usted lo manda...

—dijo Rafael levantándose y siguiéndolo a la muchacha.

Don Serafín y la viuda se quedaron mirando a la pareja que se alejaba, y el que se había empeñado en casar a su amigo, preguntó sin ambages ni rodeos:

—¿Y cuándo piensa usted casar a su hija?

—Asunto difícil, mi señor don Serafín.

—Algún día ha de ser.

—Algún día ha de ser, es verdad... y no tendría prisa ninguna si no pensara en que yo puedo faltarle cualquier día a esa niña y dejarla sola en la vida.

—Usted aun es joven, doña María.

—No soy vieja, pero estoy muy gastada por la vida y muy achacosita.

—¿Si vende usted salud!...

—Ya no, don Serafín, ya no... Algún tiempo fué; pero ahora este pobre corazón mío está muy fatigado y no marcha a compás... ¿Si yo faltara!...

—¿No tiene novio Dolores?

—No creo. Yo no la he visto dedicar a ninguno sus preferencias. Aunque es alegre y desenvuelta, siempre ha sido muy juiciosa, y estoy segura de que sabrá elegir.

—¿Seguro!... Las mujeres suelen tener muy buen instinto... si no tropiezan con ningún sinvergüenza que les tuerza el camino.

—Esperemos que eso no sea, don Serafín. Si a mi hija le ocurriera alguna vez algo malo, creo que yo no lo podría resistir.

—Por eso he traído a Rafael esta tarde. Ese sí que es un muchacho de todas prendas: serio, trabajador, honrado... ¿Quién sabe, doña María, quién sabe!...

—¿Quién sabe!—exclamó la señora mirando a su hija al lado de

Rafael, que había sabido captarse desde el primer momento toda su simpatía.

Los muchachos, agrupados bajo los árboles copudos, charlaban y reían todos a un tiempo.

—Aquí os traigo al pintor. Ahora jugará con nosotros, porque las personas mayores ya le estaban aburriendo. Rafael Lucientes, mis amigos...—dijo Dolores presentándoles.

Después de cruzar los saludos de cortesía se sentaron a jugar.

—¿Sabe usted jugar a la "baraja loca"?

—Es la primera vez que oigo nombrar ese juego.

—¿De veras?—preguntó Natalio, uno de los jóvenes del grupo, que miraba mucho a Dolores y no había visto llegar con buenos ojos al recién venido.

—De veras. No he tenido mucho tiempo para dedicar al juego. El trabajo me ha ocupado siempre.

—¿Pero si ese juego es más viejo que la Nana!

—Yo le enseñaré, verá usted—dijo Dolores, que no quería que sus amigos fueran a enfrascarse en una discusión inútil—. Es muy fácil. En unos papelitos se escriben los nombres de los muchachos y en otros lo que han de ejecutar. Es como la lotería. Se saca a ciegas un papelito del montón de los nombres y otro del montón de lo que

deben hacer y entonces... lo que sale, sale... ¡Es muy divertido!

—¡Divertidísimo! Nosotras nos reímos mucho con eso—dijo una de las amigas de Dolores.

—¿Lo ha comprendido usted?—preguntó Dolores a Rafael.

—No he comprendido ni media palabra. Ya le he dicho que era muy torpe y que soy un "aguafiestas".

—Verá, prácticamente lo entenderá mejor. Inés, saca tú el nombre, y tú, Natalio, sacarás lo que deba hacer. Veamos.

Cada uno de los muchachos tomó el papelito correspondiente y entretanto se daban miradas furtivas, como de gentes que están en mutua inteligencia y que quieren gastar una broma a otro que no sabe de qué va. Rafael estaba bien ajeno a todo aquel juego, y no sabía que era él el blanco de la broma que todo aquel grupo de jóvenes, puestos en antecedentes por la traviesa Dolores, querían jugarle.

—Lee, lee. ¿Qué ha salido?

Inés leyó los nombres:

—Dolores, Rafael...

—¡Qué casualidad! — exclamó con ironía otra de las invitadas.

—Lee, lee el otro papelito—in-
gustió Dolores, que estaba muy di-

vertida con la broma que gastaba a su nuevo amigo.

—¡Una caricia!

Con grandes carcajadas se recibió por el grupo aquella lectura. Y aplaudieron y gritaron felices, al ver la cara de susto que ponía Rafael, intimidado por toda aquella bullanguería, a la que él no estaba acostumbrado.

—¡Una caricia!... ¿Yo? — preguntó tímido.

Dolores, levantándose de su silla decidida y airada, se acercó a él, le tomó por la barbilla, le miró a los ojos largamente y le dijo melosa y risueña:

—Soy yo quien ha de hacerla... a mi voluntad. ¿Quién te quiere a ti, preciosura?... ¡Chiquitín de la casa!... ¡Pintorcillo gitano!...

La risa salió más fresca y espontánea de todos los labios, incluso de los de Rafael, para el que pareció algo muy sabroso la caricia suave y las frases burlonas de aquella muchacha que le tenía cautivado con su gracia y deslumbrado con su hermosura.

Cuando Rafael salió de casa de las de Garcerán, junto con su amigo Serafín, llevaba en el alma una luz nueva y una nueva inspiración.

NICASIA Y PERICO

En la cocina de casa de Perico, el mocetón labrador, tímido y hosco, estaban charlando él y la Nicasia, aquella Nicasia que está encantillada por el mozo y que quisiera sacarle de sus casillas sin lograrlo.

Ha venido a escondidas de su padre, que no quiere que vaya a casa del novio, por el "qué dirán" de las gentes. Pero a la Nicasia no le importa el "qué dirán". Ella quiere a Perico y no puede resignarse a verle siempre con testigos que presencian sus conversaciones.

—¿De moo y manera que semos novios? — le pregunta dándole un fuerte golpazo en la espalda.

—Tanto has porfiao...—contestó él de mal humor.

—¿Y eso te pone mustio, so tonto? Ya me estoy viendo salir de la iglesia pa casa el retratero... Y nos retrataremos bien majos... Tú te pondrás sentafco así... Anda, pásame el brazo por la cintura...

—Es que... paice feo... ¡No quiero!

—¡Si es pa ensayanos, tonto!

—¡Ah!... Si es pa ensayanos...

—replica Perico haciendo lo que la chica manda y sintiendo un delicioso cosquilleo en todo el cuerpo al contacto de la cintura rolliza de la Nicasia. Pero en seguida le entra miedo y añade—: Pero pienso...

—¿Qué piensas tú, cacho de atún!—le replica la Nicasia estrechándose más contra él y turbándole con el contacto de su cuerpo, que produce en el mozo emociones voluptuosas que le encienden la sangre.

—Pos pienso que en lugar de ir en ca el retratero nos puede hacer don Rafael un retrato en coloreta.

—¡Maño!... ¿Pero tú sabes si don Rafael querrá venir a nuestra boda?

—Sí vendrá... es mucho buena persona.

Perico, que ha ido perdiendo la timidez y que siente unos deseos muy grandes de que ya les hayan echado la bendición, estrecha cada vez más el cuerpo de Nicasia, que

no se resiste y se deja hacer, deleitada por la emoción. Pero al notar que el mozo va tomando demasiada confianza, le detiene un momento:

—Oye, tú, no aprietes de ese modo...

—Es pa ensayame, tonta... —replica Perico, riendo con su enorme boca.

—¡Ah! Bueno... Entonces... si es pa ensayate...

—Y tendremos que escribir a don Rafael.

—Sí, le escribiremos... deja eso para luego... Mira, cuando nos vayamos a retratar, yo pondré el bráctico asina... —siguió diciendo Nicasia abrazando a Perico—, y la cabeza así... no, ¡así! —exclamó, dejándola caer sobre el hombro del mozo, muy cerca de su cara, tan cerca, que parecía que se estaban besando.

—Y yo haré una risica asina... y el retratero dirá: "¡Maja pareja!... ¡Quietos!... ¡Quietos... No menease..."

Los enamorados estaban tan abstraídos en su mutua contemplación, que no vieron al padre de Nicasia, al Bienvenido, llegar hasta ellos con aire de enojo y, una vez a su lado, carraspear fuertemente para que se dieran cuenta de su presencia.

—¡Mi padre! —exclamó la Nica-

sia desasiéndose de los brazos de Perico.

—¡Dios nos coja confesaus! —gruñó éste metiendo la cabeza entre los hombros, como si viera llegar a él un alud.

—Qué, t'ha gustao, ¿eh? ¡Asquerosa!... —gritó el Bienvenido dirigiéndose a su hija y queriendo atrapar a Perico para meterle una buena paliza.

—¡Padre, padre! No vaya usted a pensarse que...

—¿Qué qués que piense, que estabais rezando el rosario? ¡Cállate, gurriapa!...

—Es que Perico ha subido a beber agua, na más...

—Y se ha agarrao a ese botijo, ¿eh? O creerás que no tengo ojos pa ver.

Bienvenido persigue a Perico, que se le escabulle de entre las manos y se arma tal algarabía que el padre de Perico, José, entra en la casa para ver qué es todo aquello.

—¿Qué pasa? ¿Qué estrupicio es éste? —pregunta José gritando para dominar con su voz toda aquella algarabía.

—¡Padre, padre! —exclama Perico yendo a refugiarse en él—. Es el tío Bienvenido que quiere machacarme los huesos...

—¿A tú? ¿Y qué le importas tú al tío Bienvenido?

—¡Estaba abrazando a la Nicasia y a punto de besarla!

—¡Tú!... ¡Tú!... ¡Tú!... ¡So guarró!... ¿Tú eres mi hijo?

—Sí, señor; mi madre así lo dice—replica Perico que ahora huye de su padre como antes ha huido del tío Bienvenido.

—¡Mi hijo!... Yo en mi vida hi abrazau a una moza... ande pudera vernos la gente...

—Mas ¡au sabe una lo que le corresponde—interviene la Nicasia a la que no arredran los escándalos. —¡Pero si no la dejan a una hablar!

—Suelta el trapo... ¿Qué tiés que decir?

—Pues miusté, la verdá es que Perico y yo semos novios...

—Padre, yo no quería...—interrumpió Perico disculpándose como si fuera un crimen.

Nicasia no le hizo caso y siguió diciendo:

—Hablabamos de la boda, y de retratarnos, y nos himos puesto como en el retrato...

—Pos si es así... to tiene apañó... ¿Quiés tú, Bienvenido, que los chicos puean retratase?

—Ya hablaremos de eso... ¡Dipiende!

—Bueno, ya hablaremos... ¡Perico, trae vino!... Y como sepa yo que os retratáis antes de que os

echen las bendiciones, te doy un zurriagazo que te estroza...

—¡Ala, irsus a la cuadra!...

Perico y Nicasia no se hicieron repetir la orden. Estaban contentos los dos de haber salido tan bien del apuro y... además, la cuadra era un lugar propicio para volver a ensayar el retratito...

Entretanto, Rafael, en su estudio de pintor, canturrea y ríe feliz, como nunca había estado. Catalina, que limpia en aquel instante aquella pieza que es su desesperación, pues no consigue poner nunca en ella orden, le mira asombrada y con gusto.

—¡Catalina de mi alma! — le dice el muchacho abrazándola en un raptó de locura—. ¡Estoy tan contento!

—¿Contento tú?... Chiquio, que me esbarico si no has bebido.

—No, ama, no, no he bebido... ¡Soy feliz!... ¡Soy feliz!... ¡Estoy enamorado!

—¿Enamorado? No creo en esos amores de sopelón, no creo...

—Ama, tú sabes que en la vida te he mentido. Estoy enamorado, locamente enamorado... ¡Esa mujer es la mujer más bella que he conocido!

—¿Se t'ha trastornao la cabeza?

—¡Sí, ama, estoy loco de amor!

—Bueno, si ha de ser pa bien...

¡alante! Pero ten cuidao, niño, que el amor es a veces traicionero...

—Tendré cuidao, ama... Yo sé que esta vez el corazón no me engaña. He encontrado a la mujer de mis sueños... ¡Hasta luego, ama!

Con su maletita de colores en la mano marchó Rafael a casa de Dolores, donde iba ahora todos los días dos o tres horas por la mañana y tomaba boceto tras boceto, incansablemente, de aquella mujer que sentía reunidas en sí todas las perfecciones. Rafael hacía durar mucho aquellas sesiones, no se fatigaba de ellas, hubiera querido hacerlas eternas. Ella allá, sentada frente a él, en una inmovilidad de estatua, mirando a lo infinito con aquellos ojos claros, dulces, bellos, y él contemplándola largamente, contemplándola a su sabor sin que nadie tuviera derecho a llamarlo impertinente, sin que nada pudiera hacerle apartar la vista de aquella visión maravillosa que se iba hincando hondo, muy hondo, en su corazón.

Las mañanas pasaban tan rápidamente para Rafael, que cada día adelantaba la hora de ida a la casa de la viuda de Carcerán. Y siempre encontraba ya dispuesta a Dolores, que se presentaba ante él con su cariñosa sonrisa, su acogida amable, su mirada franca y abierta, en

la que nada parecía nublar sus sentimientos.

Había tomado apuntes de sus manos, de su rostro, de sus ojos, de su boca, del caracol perfecto de sus orejas, de todas las partes que, discretamente, podía tomar con su lápiz y sus colores sin ofender el pudor de la joven. El hubiera querido tomar apuntes de todo su cuerpo, desmenuzándolo como había hecho con el rostro, pero se limitaba en soñar en aquel imposible, que, por serlo, se le hacía más codicioso. La había hecho posar de pie y sentada, de frente y de perfil, con los ojos entornados y abiertos de par en par, sonriente y seria... de todas maneras. Dolores estaba halagada por aquella admiración muda y queda del pintor y dejaba que se fuera embriagando en su belleza, sin pensar, en su frivolidad de niña mimada, en el daño que estaba haciendo a aquel hombre sentimental y romántico en el que los sentimientos tomaban más cuerpo y eran más atormentadores que en otros.

Aquella mañana la sesión había sido larga, acaso demasiada larga para la paciente modelo, que, aunque no mostraba inquietud, comenzaba a sentirse laxa de aquella forzada inmovilidad.

—Acabaré en seguida, Dolores... Sólo quisiera captar hoy la expre-

sión de su mirada...—le dijo Rafael después de haberla contemplado largamente.

—A ver si le veo a usted más animado en su trabajo —contestó riendo coquetuella la muchacha.

—¿Por qué me dice usted eso, Dolores?

—Porque se le van a usted los minutos contemplándome y sin dar una pincelada... Ahora mismo hace como un cuarto de hora que me está mirando...

—¡Perdóneme!... He llegado a cansarla, ¿verdad? —dijo Rafael con acento de tristeza y el rostro sombrío.

—No, señor. ¿Quién ha dicho eso?—rió Dolores al ver la expresión desesperada de Rafael—. ¡Uy, qué cara tan triste!... Vaya, no quiero que se enoje con su modelo. ¿Estoy bien así? —le preguntó adoptando una pose un poco forzada.

Rafael, tímidamente, rectificó la posición del rostro, tomándolo suavemente por la barbilla, como había hecho ella el día del juego, pero al ver tan de cerca aquellos ojos que no han dejado de mirarle, sintiéndose atraído por ellos y les contempla apasionado, lleno de emoción.

—¿Es imposible acertar con la expresión que tienen estos ojos!— exclama con acento de inefable impotencia.

—¿Qué ve usted en ellos, señor artista?—pregunta Dolores burlona y divertida.

—¡Misterio!... ¡Nada más que misterio! —exclamó Rafael sin apartar sus pupilas apasionadas de aquellas otras que le estaban turbando y haciéndole sentir todo un infierno de dichas y de inquietudes.

—¿Qué me está usted preguntando con los ojos?

—¿Yo?

—Sí, usted, no disimule—añadió Dolores coquetísima y traviesa—. Algo hay que no se atreve a decirme... Dejaría de ser mujer si no me hubiese dado cuenta de ello.

Rafael había dejado el rostro amado y se había separado unos pasos de ella confuso, temeroso de haberla ofendido con su mirada insistente, apesadumbrado de haber dejado leer sus sentimientos, cuando no estaba seguro de ser correspondido en ellos.

—Si no me explica ahora mismo lo que yo quiero saber, no le vuelvo yo a servir de modelo—dijo Dolores levantándose y acercándose a él con aire un poco desenvuelto y provocativo.

—Si usted lo sabe, porque es mujer... ¿por qué me hace sufrir?

—¡Ah!... ¿Ahora viene resultando que soy yo la culpable? No, señor pintor. Usted está muy fatiga-

do y yo también. ¡Ea! ¡Basta por hoy! Descansemos un poco. Hoy no tiene usted el pulso para pintar... ¿No ve cómo le tiembla la mano?

Dolores le había tomado de la mano y le obligó a seguirla hasta la sombra de los árboles copudos, buscando su frescura en aquella mañana estival esplendorosa. Se sentaron en un banco en el lugar más umbrío, y Dolores, silenciosa, esperaba a que Rafael le dijera algo que halagara sus oídos de muchacha acostumbrada a las flores.

Se escuchaba a lo lejos la canción de un pobre mendigo que pedía limosna por las calles y cantaba con voz melodiosa y triste una jota, una jota que es la tonada popular en la que puede ponerse más tristeza o más alegría, según esté el ánimo del que la canta.

Rafael, emocionado, suspenso en los latidos de su propio corazón que iba más apresurado que de costumbre por la proximidad de la mujer amada, se atrevió a decir con voz que parecía un suspiro, por lo suave y por lo dulce:

—Así, a su lado, en esta paz tan armoniosa, teniéndola a usted por única compañera, no me cambiaría yo por el hombre más feliz de la tierra.

—Cuidadito con lo que dice, Rafael... —rió ella, jugando con el corazón de aquel hombre despiadada-

mente—. Esto es casi tanto como una declaración de amor...

Rafael bajó los ojos y no pudo ver la mirada de intencionada malicia que le daban los grandes ojos de la muchacha.

—¡Perdóneme si la he molestado, Dolores! Yo no quisiera nunca hacerla daño, ni con mis palabras ni con mis acciones. Para mí es usted lo más sagrado que hay en el mundo... ¡Perdóneme!

Dolores no contestó. Se quedó de nuevo silenciosa y reconcentrada. Era ya la hora del almuerzo. Tenía que regresar a casa para acompañar a su madre y, además, debía dejar que Rafael se marchara, para que la situación, hecha un poco difícil por las palabras que ambos habían pronunciado, se despejara un poco con el intervalo de algunas horas de ausencia. Se levantaron de mutuo acuerdo y Dolores acompañó a Rafael hasta la verja del jardín.

—Hasta mañana, ¿verdad? —dijo el joven tendiendo la mano e inclinándose para besar la que Dolores le ofrecía.

—No se lo aseguro... Mamá anda delicaducha; no sé si podré... Si acaso, ya le mandaré recado...

—Le ruego que me perdone, Dolores; la he fatigado mucho y no tengo derecho a pedirle más...

—No sea usted chiquillo—excla-

mó ella volviendo a su coquetería innata—. Yo le llamaré. Se lo prometo...

—¿Me lo promete?

—Se lo prometo.

—Entonces, ¿puedo esperar?

—¿Que le llamaré? Si—contestó Dolores procurando cortar la pregunta de Rafael, a la que no quiso reconocer su verdadero sentido.

Rafael se alejó de allá mohino y confuso. No era aquella la contestación que él esperaba... El quería algo más, ¡mucho más!... y al mismo tiempo comprendía que no tenía derecho alguno a exigirle a la muchacha, puesto que ella no le había dado tampoco derecho alguno a esperarlo...

Pasó el día angustiado, trabajando incesantemente para que las horas se le hicieran más cortas. El estudio de Rafael se había ido llenando de bocetos, en los que se reflejaba la imagen adorada de Dolores. La tenía en todas posiciones y con diversas expresiones y en todas había puesto el artista parte de su alma, porque parte de su alma era ya aquel rostro amado, en el que había encontrado perfecciones insospechadas y que se había adueñado de una manera absoluta de su corazón, virgen de todo amor.

Rafael contempló largamente aquella imagen que desde todos los ángulos de su estudio le miraba, ya

sonriente, ya seria, ya enojada y, dejando caer indolente los pinceles que tenía en la mano, se sentó y miró sin cansarse todos los rostros que eran uno y el mismo, todos aquellos rostros que más que en los lienzos llevaba él pintado en el corazón. Y así dejó transcurrir aquel día, largo, inacabable, en el que, como nunca, había sentido la atracción femenina que se desprendía de Dolores y el que, a poco que ella hubiera querido, hubiera podido ser el más feliz de su vida, puesto que estuvo a punto de soltar la declaración que no había brotado espontánea porque ella le había cerrado los labios con su coquetería y su juego de niña, que él no sabía si atribuir a desdén o a rubor de confesar su propio sentir.

Cuando llegó la noche, después que hubo cenado sin gana, con gran desesperación de ama Catalina, después que hubo leído el periódico llegado de Zaragoza en el correo del mediodía, se lanzó a la calle. No sabía bien dónde quería ir, pero estaba seguro de que aquella noche no hubiera podido dormirse en la quietud de la alcoba si no salía a dar un gran rodeo por todo el pueblo.

Naturalmente, Rafael, sin quererlo él mismo, encaminó sus pasos a casa de la amada... ¿Qué iba a hacer? ¿Qué esperaba? Si se lo hu-

bieran preguntado, acaso hubiera replicado, convencido de lo que decía, que no iba a ver a Dolores, que iba a dar sólo un paseo y que por mera casualidad se encontraba ante la casa de la viuda de Garcerán; pero si hubiera contestado eso, no hubiera dicho la verdad. La verdad era que se sentía atraído por aquella casa y que iba esperanzado en que Dolores le esperaría a él, como él esperaba encontrar a Dolores en aquella hora tardía de la noche...

Al pasar cerca de la casa de Perico, Rafael escuchó cómo los dos enamorados cantaban dentro de la cocina alegremente, festejando, sin duda, sus esponsales.

Perico se había sentado a escribir, con mucha formalidad, la carta en que habían de pedir a Rafael que les hiciera un "retrato en colores". Y después de haberse rascado la cabeza infinidad de veces, como si quisiera con el roce hacer surgir las ideas, comenzó a garrapatear con una letra enorme y dificultosa:

"Querido Rafael..."

Pero no le pareció bien la frase, rompió la cuartilla y comenzó de nuevo: "Querido don Rafael. Tendríamos una gran alegría de verle a usted pronto por aquí. La Nicasia y yo nos vamos a casar..."

Fué entonces cuando sonó la voz de Nicasia, que entraba frescachito

na y potente por la ventana abierta y que decía:

Ya verás cuando me ponga
los pendientes y el collar.
Y mis guantes, tan elegantes,
y mi mantilla con el "azar".
Todos los chicos solteros
tendrán envidia de ti,
porque te dan una moza
que ni en Zaragoza la pintas así.
¡Vaya negocio bonito
el te casar con mí!...

Mientras Nicasia iba cantando la canción, se había entrado en la cocina y se acercaba a Perico, contoneándose coqueta y vanidosa, mirándolo provocativa. Perico quería resistir a la tentación, porque no era la cocina lugar propicio para sus amores—¡buen escarmiento se habían llevado el día que ensayaban lo del retrato!—pero azuzado por aquella traviesa moza, extasiado con la seducción que sobre él ejercía la Nicasia, se levantó, se puso junto a ella y comenzó a cantar también, a voz en grito, para que le oyeran mejor:

Yo también quitaré el bibe
con ropita de "viñor",
y mi paro de media dora
y aquí, en la arja,
mi buena flor.
Todas las chicas solteras
tienen ya celos de ti,
porque te dan un "torero"
lo más chalanzero
que se crea aquí.
Buen miran es el negocio
más pa ti que pa mí.

La Nicasia reía oyéndole y, contoneando su cuerpo serrano, muy entradito en carnes y muy apetitoso, le incitó haciendo ante él algunas piruetas, sin dejar de cantar:

Mi cuerpo es sube mover
como puedes ver...

Perico, sintiéndose atraído por ella, se pasa la mano por la frente, como si sintiera mareos, y le replica:

A mí esa mujer
me va a dar que hacer...
Nicasia, Nicasia, Nicasia...
no sé lo que tienes
haciendo "gimnasia",
que me entran "vaivienes" aquí...

El mocetón quiere abrazarse a Nicasia, que le rechaza, entre ofendida y halagada, queriendo reprenderle y descando que no le haga caso y que la abraze de veras.

Perico, Perico, Perico,
si tienes congojas
avisa "al médico",
¡pero no te cojas
a mí!...

Es que de vote
yo pierdo el compás...

Los dedicos te doy
nada más...

De gusto me se abre la piel,
pensando en la lana de mí!...

Perico y Nicasia se dan unas vueltas de baile, riéndose con todas sus ganas, felices y ajenos a toda preocupación, gozando intensamente de aquella dicha un poco burda que les ofrece su amor sin complicaciones, sanote y fuerte, como producto de la tierra, que les hace gozar por anticipado de las delicias matrimoniales y que les hace ahora reír dichosos, porque todavía no conocen ninguna de las espinas de aquella hermosa flor que han encontrado y que creen ser los únicos en admirar.

LA TRAICION

Doña María se había retirado temprano, porque andaba delicaducha aquellos días y su hija la obligaba a acostarse prontito, para que

podiera descansar más. Dolores la ayudaba a desvestirse y, cuando ya estuvo la señora arropadita en su lecho, le dió un beso muy cari-

ñoso en ambas mejillas, apagó la luz y salió de la alcoba de su madre, diciéndole muy quedo:

— Buenas noches, mamá.

— Hasta mañana, hija mía...

Dolores marchó a su alcoba, se asomó a la ventana, miró a la noche, escuchó la música que venía de lejos, con rasgueos de guitarra y canto de mozos, se estuvo un buen espacio de tiempo allí, como si esperara algo, y luego comenzó a hacerse la *toilette*, no para acostarse, sino para ponerse más bonita de lo que estaba, si es que aquello podía ser. Se peinó el pelo lustroso y ensortijado, se empolvó las mejillas, dióse carmín a los labios, arregló los pliegues de su vestido y, cuando le pareció que ya todo en la casa dormía, se encaminó de puntillas, con sumo cuidado, a la puerta de su alcoba, que abrió con tiento, escuchando cuidadosamente hasta convencerse de que nada se movía, y bajó al jardín, siempre temerosa de que el crujido de su piecillo diminuto sobre el pavimento o sobre el enarenado sendero pudiera poner en guardia a su madre o a la servidumbre. Abrió la verja, que dejó sólo entornada, y corrió a ocultarse en un rincóncito íntimo de aquel jardín que en aquella hora de la noche estaba todo palpitante de amor, de emoción y de misterio.

Un hombre se ha escurrido, al poco rato, por la verja entornada; un hombre que ha entrado como ladrón furtivo, rehuyendo la luz de los faroles y la de la luna, buscando las sombras, pegándose a los árboles, como si fuera a cometer un robo o una mala acción. Luego, todo queda en silencio y en calma. No se escucha más que el chirrido de las cigarras y el croar de las ranas en el estanque. De tiempo en tiempo, el quejido de mal agüero del buho. Y el silencio pesado de la noche prendido en todos los árboles y en todas las sombras.

Es entonces cuando Rafael, que ha salido de su casa en busca de quietud para su espíritu, llega ante la de su amada y ve luz en la ventana del cuarto de Dolores y la verja del jardín entreabierta. ¿Qué pasará? ¿Se habrá puesto enferma de veras doña María? Se acerca medroso a la verja, mira hacia el interior, el silencio y la quietud absoluta le sobrecogen y avanza, empujado por un extraño presentimiento, avanza cautelosamente, pero sin esconderse, porque él no tiene que esconder sus intenciones, avanza decidido a averiguar el misterio, avanza... confiado en que aquella luz vela por él y aquella puerta está abierta para él...

Ha cruzado todo el sendero central y va a internarse en el bosque-

cillo prieto y obscuro donde ha estado sentado con Dolores aquella misma mañana. De pronto llega a él el susurro de voces y se detiene. El corazón le salta en el pecho hasta producirle un verdadero dolor físico. Escucha. Mira a través del ramaje. Allí, en el fondo, adivina una forma blanca, una forma de mujer que le parece reconocer, pero a la que no quiere adivinar. Siente cada vez más fuertes y dolorosos los golpetazos de su corazón. Quisiera apretujar su pecho para hacerle callar; pero ahora quiere saber... quiere saber, aun a costa de que su pobre corazón salte hecho astillas, y sigue avanzando lentamente hacia el lugar de donde llegan las voces quedas y misteriosas, que dicen palabras de amores y que dan quejidos suaves y gozosos.

Rafael ve... ve claramente a Dolores en brazos de Natalio, abandonada a sus caricias, con el vestido en desorden, el rostro pálido, la mirada brillante, dada toda entera al placer del amor.

—Te quiero, Dolores, te quiero —le dice aquel hombre, que se le presenta a Rafael como un ser monstruoso y despreciable mientras besa los labios de grana y las mejillas tersas y macula toda la belleza virginal de la mujer que en él confía tan locamente.

—¡Natalio! ¡Natalio! —murmura

ella casi sin fuerzas para hablar, vencida por la voluptuosidad, dominada por los sentidos, apretujándose todavía más en los brazos del traidor, que la besuquea y le susurra palabras embusteras en los oídos.

Rafael, como si se hubiera desplomado sobre él todo el firmamento, vacila y quiere avanzar todavía más. Sus pies crujen en la arena. Dolores se incorpora sobresaltada:

—¿Has oído?... ¡Natalio, en el jardín hay alguien! ¡Nos están espiando!

—Tranquilízate, nena, son tus nervios... —replica Natalio, que también ha creído escuchar pasos en la arena.

Pero el silencio más completo reina en torno suyo. El rumor de los pasos ha cesado. Todo está en silencio, en un inquietador silencio que sobrecoge a los amantes y les hace sentir escalofríos de miedo.

—¡Tengo miedo, Natalio, tengo miedo! —exclama Dolores abrazándose fuertemente a su amante—. Estoy segura de que hay alguien cerca de nosotros, de que alguien nos ha sorprendido.

—¡No seas tonta!... ¡No temas!

—Sí, sí, escucha... ¿Oyes ahora?

En efecto, Natalio oye distintamente unos pasos que se alejan, unos pasos que no quieren recatarse, unos pasos de alguien que mar-

cha corriendo, y sale corriendo en persecución de ellos, logrando descubrir la silueta de Rafael, que se aleja de aquel lugar que le parece de maldición.

—¿Quién es usted? — pregunta Natalio con voz sorda.

Rafael se detiene, tiene la garganta apretada, le duele el corazón y su cerebro le da vueltas, vueltas, como en una pesadilla monstruosa.

—¿Quién es usted? ¿Qué busca aquí a estas horas, escondiéndose como un ladrón?—insiste Natalio.

Rafael se acerca a él, dando su rostro noblemente y dice apretando los dientes y los puños:

—Lo mismo puedo preguntarle yo a usted.

—¿Con qué derecho?

—Y ¿con qué derecho me lo ha preguntado a mí?

Dolores, desesperada, pálida, desencajada, con el pelo deshecho, el vestido en desorden, abochornada por aquella escena que puede terminar en drama, avanza hacia los dos hombres para evitar la disputa y el escándalo. Toma del brazo a Natalio y mira suplicante a Rafael:

—¡Callen, callen!... ¡Por la Virgen Santa!... ¡Mi madre puede oírnos!... ¡Rafael, se lo suplico!

Rafael no contesta, no puede contestar. La aparición de Dolores y su intervención, poniéndose al

lado de Natalio, le hacen comprender sobradamente el sentido de la escena que acaba de desarrollarse. ¡Nada puede hacer! Dolores pertenece en cuerpo y alma a otro hombre... eso es todo lo que Rafael sabe en aquellos instantes dolorosos y terribles... Aturdido por el golpe rudo que acaba de recibir, por la traición de aquella mujer a la que creía inocente y pura, avergonzado de haber descubierto aquellos amores furtivos, cruza el jardín silenciosamente, anonadado bajo el peso del dolor, y se aleja lentamente, como un hombre vencido, aniquilado, mientras Dolores se estrecha sollozando al cuello de Natalio, que la acaricia y la besa sin gran entusiasmo, sólo para acallarla y conseguir que aquello permanezca como un secreto entre ellos tres...

El pintor ha llegado a su casa, no sabe cómo. Ha llegado después de cruzar las mismas calles que hace unos minutos pisaba lleno de ilusión y de fe. Ahora en nada cree. La amada le ha traicionado y le ha hecho ver toda la mentira del amor. Ha entrado sin hacer ruido, para que su ama no le oiga llegar, y ha ido a encerrarse en su estudio. Se ha hundido en la butaca. Está abatido, triste, infinitamente triste por aquel descubrimiento doloroso que le ha desgarrado de un solo golpe el corazón. Mira con ojos

huraños, uno a uno, los bocetos que penden de las paredes de su estudio... Allí está ella mirándole desde todos los rincones, desde todos los ángulos, no puede alzar la vista sin tropezarse con los ojos cándidos, puros, infantiles, de la vil mujer que acaba de ver en brazos de otro, entregada a él.

Se pasa una mano por la frente, como para desvanecer la visión que le tortura, pero sus labios pronuncian dolorosamente el nombre amado:

—Dolores, Dolores, Dolores...

Deja caer su cabeza entre las manos, quisiera sollozar, pero no puede: la pena le ha secado el llanto y le atenaza la garganta. Quisiera huir de aquella visión, pero la lleva dentro y para huir de ella sería preciso huir de sí mismo. La desesperación le vence. Rugiría como una fiera herida, si pudiera ser. Gritaría a voz en cuello su desgracia, para que todos la conocieran. Cree que si pudiera llorar, si pudiera dar alaridos, se le aliviaría aquel dolor que no le cabe en el pecho y que le hace sufrir tanto, tanto...

Bruscamente se levanta y se asoma a la ventana. Al pie de ella hay una pareja de enamorados que se están diciendo endechas de amor. El la acaricia y le dice:

—¡Te quiero, Dolores, te quiero!

—¡Cállense!... ¡Cállense! — gri-

ta Rafael cerrando de golpe su ventana, mientras los dos enamorados se miran con susto y ella musita:

—El pobrecico debe estar loco...

Loco está, sí, loco de dolor y de angustia... No puede respirar. Le ahoga la pena. Quisiera morir ahora mismo, para no seguir sufriendo como sufre. Cada vez que levanta los ojos ve la imagen de "ella", y arrecia en su alma el dolor de la herida que ella le ha producido. Exasperado, en un acceso de furia, arranca todos aquellos bocetos delineados con tanto amor, realizados con toda la ilusión de su alma y uno a uno los va destruyendo con el fino puñal que tiene sobre su mesa de trabajo... ¡Todo queda hecho trizas! Los ojos embusteros y la boca engañadora y las manos que ofrecieron caricias que habían de prodigar a otro... Todo queda reducido a escombros en unos pocos segundos. La fiebre se apoderó de Rafael, una fiebre encendida que le hacía delirar. Siente en las sienes un zumbido extraño. La sangre le burbujea ahora en la cabeza y le ha dejado helado el corazón. Acaricia el puñal como si fuera un amigo, un salvador, luego los dedos se tornan como garfios, se crispan en un espasmo de angustia, atráñan convulsivamente el mango del puñal. Los ojos se han tornado huraños y agresivos... Miran a un pun-



—Diga que no, don Serafin... Es este niño que no quiere tomar nada.



„fina, ebelta, graciosa, bonita...”



—Señorita, yo... no soy más que un humilde pintor.



Había tomado apuntes de sus manos,
de su rostro, de sus ojos...



—Esto es casi tanto como una declaración de amor...



La Niñera veía oyéndole...



Abríó la verja...



—¡Tengo miedo, Natalia, tengo miedo!



...los que se han fijado en algo que les ha
hecho ver una nueva y más segura redención.

—¿Te parece, hijo mío, que podrías sopor-
tar la rigidez de una vida tan austera?





—Vengo a recordarte algo que has echado en olvido.



El hermano avanzó...



— recordaba a la imagen de la Dolorosa que Rafael había pintado...



— le cantaba suavemente.



—Siempre pensé que no serviría para religioso...



... bailaban zórsamente la jota...

to lejano, perdido en quién sabe qué lejanías... La mano se alza amenazadora, el puñal se acerca a la garganta oprimida y angustiada. Unas lágrimas gruesas resbalan por las mejillas pálidas, enflaquecidas en pocos instantes. Rafael llora con lágrimas amargas su gran dolor, mientras la mano va acariciando el puñal y lo acerca cada vez más y más a la garganta que le espera como una liberación, como una única liberación.

Pero de pronto se detiene, los dedos se aflojan, la crispación de la mano cede, los ojos se han fijado en algo que les ha hecho ver una nueva y más segura redención. Pendiente de la pared está el gran crucifijo que preside el cuarto de estudio de Rafael. En él se han fijado los ojos del hombre que sufre. La imagen del crucificado ha despertado en el alma del muchacho lo que el dolor le había hecho olvidar y, postrándose en tierra, apartando lejos el puñal en el que primero quiso buscar loco consuelo, llora, llora como un niño, inconsolablemente, como un niño que cuenta a su padre una pena y quiere que le consuele con ternura de cariño.

El Cristo parece sonreír al penitente, al angustiado, al triste. Y Rafael se siente reconfortado por una mano invisible que ha vertido sobre él un bálsamo consolador. Rafael

llora y reza, reza y llora a lo largo de aquellas horas angustiosas en la noche negra de su alma sumida en la más honda amargura.

Así ha transcurrido la noche. Así le encuentra la aurora que tiñe de oro el horizonte lejano. En la quietud del campo, llegan hasta el pintor, claros y sonoros, los sonos de la campana del convento, que toca a maitines. Es como una voz amiga que viene a llamarle. Como una voz lejana que despierta en él el eco de algo dormido, de algo muy dulce que debe hacerle mucho bien, porque se ha puesto en pie, ha hecho lentamente la señal de la cruz, se ha asomado a la ventana de su cuarto y ha mirado a lo lejos, hacia el lugar donde se destaca en la clara mañana estival, la silueta blanca del convento que le ofrece un recinto de paz, apartado de todo lo mundano, que sólo tiene sabor ocre y asqueroso, y dándole lo que su espíritu necesita en estos momentos: ¡Paz, paz, paz!

Rafael se ha quedado mirando sin pestañear la graciosa silueta del claustro, sus labios sonríen dulcemente por primera vez después de aquella noche de tormenta, mientras el sol, levantándose soberbio y majestuoso, inunda de luz las blancas paredes del monasterio, nimbándolas de una aureola que a Rafael se le antoja una luz celestial.

EN BUSCA DE LA PAZ

Rafael marchó al convento apenas había comenzado el día y quiso hablar inmediatamente con el prior. Allí, en la soledad de la celda de aquel hombre bueno y comprensivo, Rafael se ha arrodillado a sus plantas y le ha pedido, sin contarle los motivos que a ello le empujan, que le admita entre uno de sus hijos, el último de todos, el más humilde y el más despreciable si quiere, pero que le admita, porque se ha convencido que sólo en el claustro podrá hallar la paz a su alma.

El prior le ha escuchado pacientemente, le ha mirado con compasión y, cuando el pintor ha callado, le ha dicho con dulzura:

—Accedo a vuestro deseo, hijo mío, aunque no me parece muy sensato... porque no acierto a comprender tan súbita determinación.

—Padre mío, mi único refugio está aquí, junto a vuestra Reverencia y entre los hermanos. No tengo familia ni tengo amigos. Dios me ha hecho comprender cuán vano es todo lo mundano y vengo a buscar

refugio aquí, padre, no me lo neguéis.

—Hijo mío, la casa de Dios es la casa de todos. Nuestra Orden no pide explicaciones de la vida pasada de nuestros hermanos; todos tienen aquí cabida mientras cumplan estrictamente con nuestras reglas; aquí han venido a acogerse muchos a quienes la vida ha tratado duramente; no creo que tú seas uno de ellos, porque apenas empiezas a vivir. Que la firmeza de tu decisión responda a la bondad de tus propósitos. Que encuentre aquí tu alma la paz que necesitas.

—Benedicidme, padre mío.

—Que Dios te bendiga, hermano—replicó el prior haciendo sobre la frente de Rafael la señal de la cruz.

Así entró Rafael en el convento, donde había comenzado a ir para pintar algunos retablos y en donde se quedaba ahora, después de haber recibido de la vida una de las más duras lecciones.

.

La toma de hábito tuvo lugar en la capilla del monasterio y a ella asistieron todos los frailes, que llenaban con sus voces, de tonalidades de órgano, las bóvedas de la iglesia, entonando sus rezos litúrgicos.

—¿Te parece, hijo mío, que podrás soportar la rigidez de una vida tan austera?

—Así lo espero, padre, fiado en la misericordia de Dios y en las oraciones de todos mis hermanos.

Rafael se había arrodillado ante el altar, y tenía las manos cruzadas en actitud ferviente, mientras el prior le decía las palabras de ritual:

—De parte de Dios y de la Orden, de parte mía y de la de todos mis hermanos aquí presentes, te admito entre nosotros y te advierto que, antes de la profesión, serás dueño de salir el día que te plazca, como lo seremos nosotros de despedirte si, Dios no lo permita, tu comportamiento no nos satisficiese.

Rafael se puso en pie y el prior le dió el beso de paz y de bienvenida. Uno a uno, todos los hermanos abrazaron al novicio y entonaron de nuevo un canto de gracias al Todopoderoso, que había llamado para sí a aquella alma que acaso en el mundo hubiera hallado su perdición.

Luego marcharon a sus celdas y Perico, que había presenciado tam-

bién la ceremonia, corrió a casa de la Nicasia a darle la noticia sensacional:

—¡Anicasia!... ¡Anicasia!... ¡Se nos mete fraile! ¡Se nos mete fraile!—le gritó antes de poder tomar alientos.

—¿Quién?—preguntó la Nicasia sin comprender a su novio.

—El pintor, ¡don Rafael! ¡Ya ha llegado al convento!

—¡Anda, pos como siempre, a pintar!

—No, no, no, a estudiar pa fraile. Yo he visto cómo le ponían el hábito.

Nicasia se quedó un rato pensativa y luego dijo con aire de suficiencia:

—Aquí hay una mujer de por medio.

—¡Quiá, chiquia!... Mía que sois amotinadoras las mujeres... Lo hace de su natural. Y yo, de vele a él, cuasi que me entran ganas de coger la capucha.

—¡Ah!, ¿sí?... Pos por mí que no quede.

—Mujer, estaría con mi Dios.

—Anda pos, vete, a no perder tiempo... Ya sé yo de un buen mozo que se alegrará mucho... Tú a rezar y él vendrá a festejarme y pué que yo tenga mejor suerte con él que con ti...

—¿Pa casarse con tú?... ¿Y ande está ese mostillo?

—¿Pa qué lo quiés saber?

—Pa romperle los morros...

A las voces que daban los muchachos, acudió la madre de Perico, que preguntó mirándoles a ambos:

—¿Qué vos pasa, mozos?

—Pues na más que su hijo va a metese fraile —replicó Nicasia con sorna.

—No, madre, no, no haga caso a ésa... Es Rafael, el pintor, que ha decidido quedarse en el convento. La Nicasia todo lo equivoca.

—¡Alabau sea Dios! ¿Aquél mozo tan guapo y tan bien plantau? Mujer de por medio ha de haber...

Perico miró a su madre e hizo seña a la Nicasia como si quisiera decirle: "¿No ves como todas las mujeres estás chilladas?"

Para él no había duda de que Rafael se había ido al convento por propia voluntad. No cabía en su mollera, no muy fecunda, la idea de que un hombre pudiera renunciar a todo por una mujer... ¡con tantas mocetas que había por ahí que se estaban pirrando por pescar marido!

Pero Nicasia y Juana, perspicaces como buenas mujeres, comprendieron en seguida que ningún hombre, a la edad de Rafael y con las condiciones que él reunía, pudiera tomar súbitamente tamaña decisión si no era por algún desengaño amoroso.

El secreto que llevaba escondido en el pecho Rafael, y que él creía que nadie conocía, había sido a medias descubierto por aquellas mujeres del campo, cuya inteligencia estaba toda hecha de intuición.

Entretanto, Dolores había perdido el color y la alegría que siempre la animaban. Desde la noche aquella en que creyó morir de vergüenza al ser descubierta por Rafael en brazos de su amante, se había tornado macilenta y triste. Huía de sus amigas. Ya no inventaba fiestas ni meriendas en las que pudiese divertirse con aquella inconsciencia de pájaro y aquella alegría de criatura feliz. Ahora se pasaba largas horas medio tumbada en una de las sillas largas del jardín, contemplando las nubes en un divagar absoluto, sin fijar en nada su pensamiento... o acaso fijándole constantemente en un mismo tema atormentador.

Doña María se inquietaba por la salud de su hija, a la que veía ojorosa y pálida, sin humor para nada, con una laxitud y un cansancio que no eran un buen presagio.

—¿Qué te pasa? ¿En qué piensas? —le preguntaba.

—En nada, mamá... Estoy cansada, haviada de todo... —replicaba la muchacha con un acento fatigado.

—¿Estás enferma?

—No, no tengo nada... ¡déjame!

—No me explíco este cambio que se ha operado en tu carácter. Tú que eras la chica más alegre del grupo, la que siempre inventaba nuevas cosas para distraeros... ¿Qué te ha pasado? ¿Por qué no quieres que vengan ahora tus amigas?

—No lo sé, mamá, no lo sé yo misma... Estoy cansada, ¡déjame!

Pero aquella fatiga desaparecía cuando asomaba el cartero en la esquina de la calle. Entonces Dolores corría a la verja del jardín y preguntaba ansiosa:

—¿Hay carta?

—No, señorita, hoy tampoco hay carta...

Dolores sentía oprimido el corazón. Natalio se había ido a Zaragoza y no había vuelto a escribir. ¿Por qué? ¿La despreciaría ahora que la había deshonrado? Tambaleándose, como presa de un mareo, Dolores se acercó a su madre, pero no tuvo tiempo de llegar a ella, se sentía desfallecer y llamó:

—¡Mamá!... ¡Mamá!...

—¡Hija mía, hija mía! —exclamó la señora de Garcerán acudiendo a sostener a su hija—. ¿Qué tienes?

—No es nada, mamá, ya pasó... fué un ligero mareo; no ha sido nada.

Pero la madre espiaba inquieta

el rostro de su hija, que estaba lívido.

—Vamos, hija mía, quiero que te acuestes; no puedes seguir así. Llamaremos al médico.

—¡No, no!... No tengo nada. ¡Esperaba carta de Natalio y no llega!

Dña María miró a su hija con compasión, comprendiendo que la muchacha estaba enamorada y que encontraba a faltar la correspondencia del amor que ella sentía. Pero la madre tenía larga experiencia de esos trances amorosos y sabía que aquellas impresiones de la juventud se borran pronto. Si Dolores no tenía más dolencia que un amor contrariado... ¡pronto se curaría! Aquello la animó y, cuando más tarde estaba sentada junto a la cabecera del lecho de su hija, que estaba tan pálida y ojerosa que parecía una muerta, le dijo, acariciándola con ternura:

—Pobre hija mía, tú verás cómo olvidas... ¡Eso pasa pronto!

—No, madre, no... No quiero a nadie más que a él, ¡a él sólo!

—Pero olvidarás...

—No podré, madre... no es posible.

—¿Tanto le quieres?

—¡Es el único hombre a quien he querido! —suspiró Dolores.

—¡Tranquilízate, hija mía. A tu edad pasan pronto los desencuentros

y un amor sustituye con ventaja a otro amor...

La madre había abrazado a su hija y la arrullaba como a un pequeño muy falto de ternura y cariño. Dolores, reconfortada por aquellas caricias, se atrevió a decir:

—Madre, tú no sabes... Aunque yo quisiera, no podría olvidarle... ¡Necesito que Natalio vuelva!

La madre sintió que algo se le rompía en el pecho; un negro sentimiento la puso en guardia y la hizo comprender lo que hasta entonces, ciega, no había sabido ver.

—¡Dolores! ¿Qué quieres decir con tus palabras? ¿Por qué necesitas que Natalio vuelva?

Dolores volvió su rostro lleno de lágrimas, apartándolo del de su madre, que la miraba inquisidor, y dijo con la voz partida en sollozos:

—¡Déjame, mamá... no me hagas caso!

—¿Que no te haga caso?—preguntó doña María, cada vez más convencida de la espantosa tragedia que las amenazaba—. ¿Y lo que adivino a través de tus palabras? ¡Ya nada puedes ocultar a tu madre, Dolores!

Dolores sollozaba desesperadamente. No hubiera querido que su madre supiera su deshonra y su pecado, pero había sido superior a

ella misma y, sin querer, se lo había dicho...

Doña María cogió la cabeza de su hija, la miró intensamente, la vio pálida, llorosa, angustiada, triste, y ella sintió como si el mundo se hubiera acabado. ¡Su hija, su adorada hija verse en aquella situación!...

—¡Hija mía!... Pero... ¿es verdad?... ¿es verdad... eso?

—¡Ay, madre de mi alma, perdóname!... ¡Le amo y creí en él!...

La madre volvió a mirar a su hija con mirada hosca y sombría. Estaba acaso más pálida que la muchacha; sentía una angustia espantosa dentro del pecho y su corazón, debilitado por los achaques, le palpitaba tan fuertemente que le pareció iba a romperse a pedazos. No pudo pronunciar una palabra. Se sentía sin fuerzas para ello. Ni podía reprender a su hija, ni condenarla. Sólo era capaz de sentir el gran dolor que se había apoderado de ella y la vergüenza y la confusión que le producía el deslíz imperdonable de aquella chiquilla en cuya seriedad ella también había creído... Salió de la habitación sin mirar a Dolores, sin apenas poderse sostener sobre sus piernas, que le flaqueaban como si estuviese beoda. Salió sin hacer caso del grito de angustia dado por su hija, que

la llamaba con toda la fuerza de su alma:

—¡Mamá!... ¡Mamá!...

Doña María ha llegado hasta la puerta de su alcoba, las fuerzas la abandonan, sus ojos no ven ya más que tinieblas, nota que todo ha terminado para ella, que lo que era su alegría, su único consuelo, la sola razón de su vida, se le ha desvanecido entre las manos, y se deja llevar por aquel aniquilamiento de todo su ser y se desploma en el pavimento, desde donde aun tiene fuerzas para gritar:

—¡Doli res!...

Ha oído la muchacha el grito angustioso de su madre. Loca, desesperada, salta del lecho y acude a aquel llamamiento doloroso, se inclina sobre el cuerpo exánime de la madre.

—¡Mamá, mamá!—le dice con lágrimas en los ojos y llanto en la voz—. Soy yo, estoy aquí contigo... ¿No me oyes?... ¡Mamá, mamá!... ¡Contéstame, contéstame!...

El silencio más profundo, más absoluto, más aterrador es el que responde al grito de Dolores. Entonces se da ella cuenta de que su madre no existe, de que se queda sola en el mundo y que ella sola tendrá que enfrentar la vida, para defender al fruto de aquel amor ilegítimo. Y, comprendiendo de pronto toda la magnitud de la desgracia que pesa sobre ella, solloza, solloza, con sollozos desesperados y desgarradores, sobre el cuerpo de la muerta, que ya ni la oye, ni puede consolarla, ni la podrá ayudar en el duro trance que se avecina...

EL CALVARIO

Natalio se había marchado a Zaragoza después de haber cometido su crimen, porque crimen era, e imperdonable, el engaño cometido a Dolores, que se entregó a él en su inexperiencia juvenil y en la ciega

confianza que le inspiraba el hombre al que amaba con toda la fuerza de su alma virgen.

En Zaragoza olvidóse por completo de su aventura pueblerina, que no había dejado en él más hue-

lla que la desagradable visión de aquella noche en que habían sido sorprendidos por Rafael y en que había temido que el "idilio" terminara en drama. Pero, pasada aquella impresión, no recordó ya más a Dolores ni pensó en las consecuencias que pudiera tener su acto. Había recibido algunas cartas de Dolores, a las que no había contestado, y por ellas estaba enterado del estado de la muchacha. Pero tantas mujeres se habían encontrado antes que ella en aquella situación! Dolores haría lo mismo que habían hecho las otras y él no quería en modo alguno cargar con la responsabilidad. Sabía bien que la ley le protegía y que la investigación de la paternidad era difícil de llevar a cabo. No le faltaba audacia para decir ante los tribunales que, a la misma hora en que él estaba con Dolores, la rondaba otro galán, que bien podía ser el padre del chiquillo que iba a nacer.

Natalio, despreocupado de todo, se había dedicado a preparar su boda con la novia que tenía en Zaragoza, una muchacha de buen ver y muchas mejores rentas, a la que quería llevar al altar porque le convenía tener asegurado su medio de vida y aquella mujer se lo aseguraba.

Iban aquel día a hacer una excursión de un par de semanas en

el automóvil que Natalio se había comprado en vista a la proximidad de la boda. Y estaba el hombre, muy satisfecho de su buena suerte, dando los últimos toques a su *toilette*, mientras esperaba la llegada de la novia.

La criada está cerrando las maletas y amontonándolas para que el señorito lo tenga todo a punto en cuanto llegue su prometida, y Natalio, sonriendo satisfecho de sí mismo, le pregunta:

—¿Qué, ya está todo a punto?

—Todo, señorito. Todo está bien guardau.

—¿Y el abrigo?

—Aquí está, señorito, todo lo tiene usted a punto.

—Muy bien. Pues ya puedes marcharte, que está al caer mi novia y... no hacen falta testigos.

—Tiene usted razón, señorito. Salú y buen viaje.

—¡Hasta la vuelta, Juana!

Natalio se queda solo y espera, siempre mirándose al espejo con satisfacción, cuando suena el timbre de la puerta y corre a abrir, seguro de que es la novia que llega; pero no es ella... ¡Es Dolores, Dolores, que llega pálida, fatigada, macilenta!

—¡Dolores! — exclama Natalio asombrado y contrariadísimo—. ¿Qué quieres de mí? ¿A qué vienes?

Dolores está desconocida. Con su manto de luto, sus grandes ojos rodeados por un círculo violáceo, la expresión desesperada de su rostro, el gesto amargo de su boca, la debilidad y el enflaquecimiento de todo su ser, la hacen aparecer como una visión, como un espectro, como si fuera un alma venida de otro mundo. Se apoya en el quicio de la puerta como si fuera a desvanecerse; pero es sólo un momento, luego se yergue y dice con voz débil, pero con acento firme:

—Vengo a buscarte, aunque tú no quieras. Vengo a recordarte algo que has echado en olvido.

Natalio la mira acobardado, tembloroso, sin haber tenido tiempo a reaccionar, a reponerse de la sorpresa que le ha causado aquella visita intempestiva. Tiene miedo de que Dolores dé un escándalo, miedo de que llegue su novia y se entere de su felonía, miedo de lo que le va a pedir Dolores, miedo del resultado final de aquella entrevista que él quisiera cortar, si fuera posible.

—Ea que ahora yo...—balbucea sin saber qué decir, esperando hallar una solución, sea la que sea, a aquella situación terrible que no se puede prolongar.

—¿Tú eres ahora lo único que me queda en la vida!—exclama Dolores con acento dolido.

—¿Lo único? ¡No te entiendo!

—¿No ves? —le dice Dolores mostrándole su manto de luto.

—¿Tu madre?... ¿Ha muerto?

—¡Ha muerto!... ¡La mató el dolor! ¡La mató mi deshonra!...

—¿Dolores!...—exclama Natalio aterrado, queriendo fingir una frialdad y una indiferencia que está bien lejos de sentir.

—Sí, ha muerto por tu culpa... sólo por tu culpa, porque tú no debías abandonarme, y entonces mi madre aun estaría conmigo.

—¿Dolores!—volvió a exclamar Natalio.

—No vengo a pedirte cariño para mí, ni protección para mí, ni amparo para mí, sino para tu hijo... ¡El no tiene la culpa de nuestra locura!

Del jardín llega una voz de mujer que llama:

—¡Natalio! ¡Natalio!

Dolores se estremece, mira al traidor con ojos espantados, comprendiendo que será inútil cuanto ella pida, puesto que hay otra mujer que le espera.

—Bajo un momento y vuelvo en seguida, ¿oyes, Dolores? Entonces un momentito, ¿quieres?

Le habla con voz tierna para convencerla. Dolores no tiene fuerza para protestar, ni ánimo para dudar. Ya todo le es igual. Sabe que ha emprendido el camino del cal-

vario, de su calvario de mujer caída, y que lo tendrá que seguir paso a paso, sin que nada ni nadie puedan apartarla de él.

—Te espero—le contesta sin fijarse en la expresión mala del rostro de Natalio, que ha concebido una idea infernal.

—Has hecho bien en venir a buscarme—sigue diciéndole aquel infame, poniendo cada vez más ternura en su voz—. Yo no te puedo abandonar, y menos ahora que tu madre no existe. Yo te he querido siempre, Dolores.

—Te repito que no he venido por mí, sino por nuestro hijo...

—Comprendo tu estado de ánimo... ¡pobrecita!

—¡Déjame!... No quiero que me toques. Ahora me parecería una profanación y un pecado imperdonable. ¡Yo ya no te quiero!... ¡Déjame!

—Tranquilízate, Dolores, descansa. Estás fatigada y nerviosa. Siéntate. Estás en tu casa. Bajo a dar unas órdenes un momento y subo en seguida. Hablaremos despacio de todas nuestras cosas.

Natalio sale sin dejar de mirar a Dolores, que no sospecha nada, pero cuando está en la puerta, oye Dolores el paso precipitado de Natalio, es un paso que huye, y entonces, demasiado tarde, comprende la nueva traición del infame.

—¡Natalio! ¡Natalio! — grita precipitándose tras él.

Pero cuando llega a la calle, ya el automóvil ha partido, llevándose a Natalio y a su novia. El ruido del motor apenas apaga el desesperado lamento de Dolores, que tiene que apoyarse en el muro para no caer rendida por la fatiga. Sus ojos grandes se llenan de lágrimas, que resbalan lentas y frías por su rostro atormentado. Está acaso más bella que nunca. Parece una azucena salpicada de rocío. Algunos transeúntes se fijan en ella, y entonces, para no llamar la atención sobre sí, apoyada siempre contra el muro que la va sosteniendo, marcha camino adelante, adelante, por la senda del calvario que el destino le ha trazado y que tendrá que seguir hasta el fin.

La roca fría del Calvario
se oculta en negra nube.
Por un sendero solitario
la Virgen Madre sube.
Camino
y en su pecho morcha
flor de azucena
que ha perdido el color.
En su pecho herido
se han clavado
las espinas del dolor.
Su cuerpo vacilante
se dobla al peso de la pena,
pero sigue adelante.
Camino
y sus labios de hielo
besan el suelo
donde brota una flor
en cada gota de sangre

derramada
por Jesús el Redentor.
Sombra peregrina,
emblema del amor hecho luz:
camina,
camina ligera,
que el hijo la espera
teniente en la Cruz.
(Mujer y madre!)
De todo el mundo
lo más agrada.

Desde una loma del ascenso
la Virgen caminante,
ve la silueta del Moderno
y al Hijo agonizante.
Y lleva su callado tormento
con un lamento
que no puede vencer.
Es el grito desgarrado,
arrancado
a su carne de mujer.
Divina estruella
sobre la huella
del humano dolor;
triste camina,
camina llorosa
la Madre Dolores
del Redentor.

La ermita se levanta blanca y serena sobre el cielo cobalto, inundado de luz de oro del sol. La voz que canta esta canción sentida y amante viene de dentro, del interior de la capillita, en donde el hermano Rafael está restaurando el cuadro de la Dolorosa. El hermano Rafael canta y trabaja y en la canción y en los pinceles van quedando hincados pedazos de su propia alma atormentada por una pena que no puede olvidar, por un amor que no puede vencer, por una obsesión que le persigue y viene a turbar la

paz de su vida monástica, que debería estar toda dada a Dios.

Rafael está pálido y macilento. La vida de comunidad no ha logrado cicatrizar la herida de su corazón, sangrante de continuo, como si acabaran de abrirla. No olvida a Dolores; no puede olvidar; y la visión de la mujer humillada ante sus ojos, deshonrada ante sus ojos por aquel infame que abusó de la ingenua confianza de la chiquilla, le atormenta con un tormento constante y cruel, de todas las horas y de todos los días.

Trabaja ahincadamente en la restauración de la imagen bendita de la Dolorosa. Los primeros bocetos no han salido a su gusto. Todos los ha destruido, porque no tenían aquella expresión de divino dolor que él quiere dar al rostro dolido de la Madre. Luego, en un raptó de inspiración, trabaja directamente sobre el fresco y van naciendo aquellas facciones puras, tristes, dulces, aquellos ojos grandes y serenos que miran al cielo en busca de consuelo para una pena que no lo tiene, mientras las lágrimas nublán las pupilas nitidas y brillantes y la boca se contrae en un rictus de amargura y de resignación.

Rafael sabe que el rostro de la Dolorosa es el rostro de Dolores, aquel rostro que a todas horas le persigue como una torturante pesa-

dilla. Pero Rafael sabe que sólo dejándose llevar por aquella visión que le domina logrará acertar en aquella obra que el prior le ha confiado seguro de su triunfo. Y pinta y pinta, ahora con entusiasmo, porque ha vencido el escrúpulo que hasta ahora le había detenido y se deja arrastrar por su inspiración, por su única y maravillosa inspiración.

El padre prior y el padre Lucas, que miran cómo trabaja el hermano, contemplan extasiados aquella obra de arte que va naciendo como por obra de magia de los pinceles movidos por la mano del artista. El prior está satisfecho de que el hermano Rafael acierte por fin; pero al padre Lucas no le parece bien aquella inspiración, en exceso mundana.

—Dibuja tan seguro, tan firme, tan correcto—dice el padre prior en voz baja a su acompañante—, que cualquiera diría que es Dios el que le guía. El hermano Rafael es un joven maestro. Las figuras que pinta tienen alma. En los ojos de la Dolorosa asoma toda su alma de mujer y de madre. ¡Contémplesla vuestra caridad!

—Me parece excesivo realismo. Su Reverencia cree que es Dios quien le inspira, pero yo temo que le inspira el Malo. Con vuestra licencia, reverendo padre, debo de-

cir que las actitudes del novicio me sumen en un mar de confusiones. El hermano Rafael piensa demasiado en lo mundanal...

—Padre Lucas, hay que tener piedad de ese infeliz desesperado, que cree servir a Dios. Sin duda sufre un gran dolor, que nosotros ignoramos. El hermano Rafael es bueno. El mismo acabará comprendiendo que no ha nacido para el claustro, pero hemos de darle tiempo a que se cicatrice en esta paz la herida de su alma. No se preocupe el padre Lucas por un problema que no es tal problema... Todo es cuestión de tiempo. Aun le faltan bastantes meses al hermano Rafael para profesar. Hasta entonces, Dios hará entrar la luz en su alma turbada y triste.

Rafael no ha escuchado la conversación de los dos frailes. Está en un raptó de inspiración y lo aprovecha. Pinta sin sentir las fatigas, sin darse cuenta de que las horas pasan, sin escuchar el tañido de la campana que ha llamado a coro. El padre prior, muy interesado en que el fresco de la Dolorosa quede terminado pronto, prohíbe que se estorbe al hermano.

—Sirve tanto a Dios como si viniera a unir sus rezos a los nuestros. Nosotros no podemos pintar como él... pero podemos rezar por él. Hermanos míos, Dios le ayude

y le abra el camino de la luz...

Los frailes entonaron sus cantos litúrgicos mientras Rafael continuaba en la ermita, pintando el rostro de la Dolorosa, que tenía los ojos

y la boca y la frente y el contorno de las mejillas de la mujer que adoraba en lo íntimo de su corazón y que le turbaba sus rezos de hombre consagrado a Dios.

LOS CONSUEGROS

En el patio de la casa de Perico están éste y su padre apareando el carro. Es día de mercado y hay que ir a la villa a llevar las verduras y legumbres que les harán ganar un puñado de perras que servirán, probablemente, para el día de la boda de Perico, que ya se va acercando.

Perico es maestro en el arte de uncir el carro y el padre le deja, con esta excusa, todo el trabajo para él. Perico no rechista. Sabe que las perras serán suyas y no quiere enfadar a su padre, como otras veces, pidiéndole que le ayude a cargar; trabaja con entusiasmo y con arder, como jamás ha trabajado el mozo. Cuando ya el carro está a punto, lleno hasta rebosar, se vuelve al viejo y le dice, mostrándoselo:

—Padre, ya está en colmo.

—Y el tío Bienvenido sin traer-

se las mulas... ¡Vaya calzones largos!

—¡Ya, ya!... ¡Como que se los pone desde los hombros y todavía se los pisa!

—Vete y dale un grito pa que se venga.

—¿Quién, yo? ¡Cualquiera le grita, con el genio que tié!

—Pos yo mesmo voy a llamarle. ¡Bienvenido!... ¡Bienvenido! ¿Aparejas o qué?—grita José desde el portal de la casa, llamando a su futuro consuegro, que está allá lejos.

—Amos, hombre, no se desgañite, que aquí están las mulas —dijo jovial y risueña la Nicasia, entrando en el patio con los animales.

—¿Son las mismas?—pregunta, receloso, el tío José.

—¿Pos cuáles van a ser?

—Paicen más viejas... según lo que han tardao.

José es el que aparea las mulas, el que las lleva ante el carro y les pone el collar y las correas y las riendas y las fajas. Entretanto, Perico se aprovecha y mira a la novia, que le hace guiños llenos de picardía y de gracia. Perico le responde a ellos riéndose con su boca enorme y mostrando su prieta dentadura, que rebrilla en la obscuridad del rostro quemado por el sol.

—¡Ridiez!— exclama el padre mirando a su hijo—. ¡Qué sangre más fría tie la gente!... ¿Qué haces tú, Perico? ¿Ya te has cansao de trabajar?

—Estoy mirando a ésta... ¡que también es trabajo! Padre, ¿no pueo mirar a mi novia?

—Puedes; pero también podrías trabajar, si te diera la gana, ¡so gandull!

—Eso digo yo... ¿Ya está to preparao?—preguntó Bienvenido que llegaba con su andar cansino, sin prisa, como si adrede hubiera llegado tarde para encontrarlo todo hecho.

—¡Asiéntate, hombre, no hay prisa!—le dijo riendo el tío José con una ironía muy campesina.

—Por mí... si tú quiés...

—¡Arrea, sargantana!... ¡Trepas pronto a lo alto! Por tú no llegare-

mos a tiempo al mercao... y el negocio es el negocio.

—Si no fuera porque himos de ser consuegros, ¡menno estacaso te iba a dar!...

—Amos aprisa, compadre, no se nos haga tarde.

Agiles, a pesar de los años, los dos viejos montaron en el carro, encaramándose hasta lo más alto del montón de verduras que reboaban en una fecundidad prometedora de ópimo resultado.

—¡Arre, mulicas, arre!—animó a los animales Bienvenido, que había tomado las riendas.

Perico y Nicasia, quietos como estatuas, vieron alejarse el carro y escucharon la voz de José, que les gritaba:

—Vusotros, alelaos, ¡a trabajar! ¿Qué pan daréis a vuestros hijos si os pasáis la vida como dos pasmaos?

Pero los novios, en cuanto que perdieron de vista la carreta en que los padres marchaban contentos, se abrazaron, perdiendo todo el recato que hasta entonces habían tenido, y se dieron unos buenos besuqueros, aprovechando aquella ocasión de estar solos, que no solía presentarse con demasiada frecuencia.

José y Bienvenido iban carretera adelante, al trotecillo de las mulas, que cascabeleaban triscando afanosas, ahora que era el primer tramo

del camino y que venía, además, cuesta abajo. Luego, al doblar una revuelta de la carretera, ésta comenzaba a empinarse ladeando una colina y entonces las mulas se resistieron a seguir aquel paso animoso y, diciéndose al oído algo incomprendible para los oídos humanos, de común acuerdo, comenzaron a caminar con un paso cansino, del que no lograron sacarlas ni los chasquidos del látigo ni las voces que les daba el tío Bienvenido, que hubiera querido lucir la galanura y la velocidad de sus mulas.

José, que había ido silencioso hasta entonces, rascándose la cabeza y como si siguiera una conversación que debía haber comenzado con un largo soliloquio entonado en su interior, dijo a su compadre:

—Pa la fiesta del campo los podemos casar. ¿No te paice?

—Muy bien que me paice. Mi chica no irá desnúa... Lista tié la dote y preparau el ajuar. ¡Cúena ropa llevá!...

—Ya sé que tú eres mu rumbo-so.

—Como yo no me he puesto pa na les vestíos de su defunta madre... Y como siempre himos dormío sin sábanas pa guardalas a la chica...

—Eso está mu bien... Pues mi chico ya sabes lo que lleva...

—Sí; las arras, el majuelo, el carrico pequeño...

—Aspera, aspera... ¿Quién t'ha dicho na del carrico?

—Es lo de ley... Lo necesita pa el trabajo de la huerta.

—El carrico me hace a mí falta pa dir tirando... Ese no me lo quitas ni majándome—replicó el tío José, que no era tan rumboso como su compadre.

—¿Quién dice quitar? Yo digo que tú se lo darás al chico...

—Tú lo que quíes es aprovecharte— afirmó José poniéndose agrio.

—¿Aprovechame? ¡Amos, hombre! Dimpués que le doy la mejor chica del pueblo...

—¿Y mi chico no es na? Ya sabes que cuando le da por ser trabajador, es el primero...

—El primero en sentarse... que-trás decir — replicó con sorna Bienvenido.

—A mi chico no le insulta nada... y, como aun estamos a tiempo, si tú quíes se deshace lo tratao, que yo nada hi de perder...

—¿Que no?... ¡Síooooo, "Morena"!—gritó el tío Bienvenido dando un fuerte tirón a las riendas y obligando a parar a las mulas.

Ni corto ni perezoso, de un brinco, se plantó en mitad de la carretera, puso ante las ruedas buenas piedras que hicieran de freno y comenzó a desuncir a los animales con parsimonia, como si aquello fuera para él un juego. José le miraba

extrañado, sin comprender lo que pretendía aquel hombre, pero cuando vió a Bienvenido que se alejaba llevando a las mulas por el cabestro y silbando despreocupadamente, después de haberle dicho con una fina sorna:

—¡Abur, amigo! ¡Me llevo lo mío y tú te quedas con lo tuyo!

José le gritó desde la carreta:

—¿Pero me vas a dejar asína, con una cuarta de morro?

—¡Con dos varas!—replica el tío Bienvenido, riéndose y mostrándole las del carro.

José dió también un brinco, se deslizó por entre las hortalizas y bajó al camino, yendo en busca de su compadre, convencido de que, con tanta carga, nada puede hacer sin la ayuda de los animales y de que si llegan tarde al mercado, ya no podrán hacer ningún negocio.

—¡Aspera, hombre, aspera!—le grita corriendo hacia él—. Yo te prometo que le daré el carrico al chico.

—Y dos cántaras de vino pa arremojear la boda—impone el tío Bienvenido aprovechándose de la supremacía que le otorgan las circunstancias.

—Y dos cántaras de vino... Está bien. ¡Me has ganao la mano! — exclama José cediendo a todo.

—¿No ves tú qué bien nos entendemos? — le dice Bienvenido

cuando ha vuelto a uncir al carro sus mulicas y mientras las arrea alegremente haciendo chasquear en el aire, vivamente, el látigo, que parece una culebra estremecida.

Buen negocio han hecho los compadres en el mercado. Han logrado vender toda la carga y la han vendido bien. Aquello les hace celebrar con buenos vasos de vino el éxito y, cuando vuelven por la carretera, camino de su casa, son ya tan amigos, que han olvidado totalmente las diferencias que a la ida han surgido por la cuestión del carrico de José.

Es atardecido cuando pasan ante el convento de los frailes. Ya poco trecho les falta para llegar al hogar, en donde les estarán esperando con ansia para saber el resultado de la venta. José y Bienvenido ya tienen ganas de poderse sentar a descansar, después de todo un día de ajetreo por aquellos caminos y en el mercado, donde hay que luchar contra la avaricia de todos.

José, que va despreocupado, mirando con ojos indiferentes el paisaje bello y familiar que se extiende ante él, es el que descubre, al cruzar el puentecillo, una forma que llama su atención, y tocando a Bienvenido en el brazo, le dice a media voz, como temeroso:

—Arrepara, tú... ¿qué es aquello?

—¿Cuál? — pregunta el tío Bienvenido mirando en la dirección que José le indica.

—¡Aquello! ¡Paece una persona! ¡Para, para!...

—¡Sóooooo!...

Los dos compadres se miran temerosos, saltan del carro, no se atreven a acercarse, pero José se decide el primero.

—Pue ser una desgracia. Vamos a velo...

Se acercan al bulto tendido en el suelo, lo miran cuidadosos y, cuando se convencen de que es una pobre mujer que está desvanecida, se miran otra vez, como si vacilaran, como si no supieran si gritar o llevársela con ellos.

—Aun vive, ¡cojámosla!

—¡Infeliz!... ¡Y tié un niño!... ¡Quién sabe cuántas horas se habrá pasao así la desgraciá!

—La llevaremos a casa. La Juana la cuidará.

—Vamos a levantarla entre los dos.

Como si llevaran una carga sagrada, los dos rudos labradores trasladan al carro el cuerpo exánime de la mujer y luego llevan a la criaturita, que abulta apenas como un muñeco. Bienvenido hace ir a las mulas al paso, para que la enferma no sienta tanto los baches del

camino. Con paso lento marcha adelante la carreta, alejándose del convento y metiéndose en el pueblo cuando es ya casi noche cerrada.

Perico, que estaba en la ermita, no ha visto pasar a su padre, ni se ha enterado del encuentro que han tenido en la carretera. Está entusiasmado ante el cuadro de la Virgen, que Rafael ha restaurado con maestría magnífica. ¡Está tan bella aquella Dolorosa!... Parece que vive y que llora de veras. A Perico no se le despegan los ojos de la imagen:

—¡Mi Dios me valga!... ¡Y que eso se pueda hacer con una escobica tan pequeña! Paece arte de brujas, hermano Rafael.

Rafael, que se pasa el día contemplando aquella imagen, sonríe tristemente:

—Perico, es la imagen de los Dolores la que ha hecho el milagro... yo no soy más que el instrumento de que ella se ha valido.

—¡Paece la misma Virgen del Cielo que ha bajao a pegarse en la pared!

—Tus alabanzas ingenuas, Perico, me halagan más que los más bellos elogios que pudiera dirigirme el mundo. Gracias.

—¡Perico!... ¡Perico! — llamó desde fuera la voz de Nicasia, que entró en la ermita demudada y con la respiración anhelosa.

—¡Perico!... ¡Pronto, pronto, que ocurre una desgracia! Tu padre acaba de llegar...

—¿Qué le ha pasado a mi padre? —pregunta Perico palideciendo.

—A él na... A una persona que ha recogido medio muerta en la carretera. Corre a tu casa, que haces falta allá. ¡Date prisa!

Nicasia y Perico, cogidos de la mano, emprendieron una carrera desenfrenada, dejando al hermano Rafael preocupado y sombrío, atormentado por un extraño dolor que no sabía definir. Después de vacilar unos instantes, cerró la ermita y, en lugar de dirigirse al convento, siguió camino adelante, en dirección al pueblo.

Juana, la madre de Perico, ya no sabía qué hacer para volver en sí a la pobre mujer que su marido había encontrado desmayada en la carretera. Con el niño en brazos, daba órdenes para que José rociara con agua aquel rostro pálido, casi amoratado, y, a grandes pasos, iba de un lado a otro de la cocina, queriendo hacer muchas cosas a un tiempo, sin acertar con ninguna.

—¡Pobrecica, pobrecica! —murmuraba compasiva—. ¡Sabe Dios lo que le habrá pasado pa quedarse asína!...

—Tú no sabes cómo la he encontrado yo cuando la he recogido... Parecía mismamente una muerta.

—¡Pobrecica!... ¡Y ese angelito de Dios que se ha salvado de milagro!

—Parece que quiere abrir los ojos.

—Aquí están la Nicasia y Perico. Ellos nos ayudarán.

—¿Se le ha pasado? —preguntó Nicasia en voz baja y mirando a la mujer.

—Toma tú al angelico del cielo y vete a acostarlo. Así yo podré cuidar de ella... Anda, ¡vete!

Nicasia, con el niño en brazos, salió de la cocina a tiempo que en el marco de la puerta de entrada se dibujaba la figura austera del hermano Rafael, al que todos en el pueblo querían y respetaban.

—¡Ay, hermano Rafael! —suspiró José como si viera las puertas del cielo abiertas—. Llega usted a tiempo, porque nosotros ya no sabemos qué hacer a esta infeliz...

El hermano avanzó, pero al ver el rostro pálido y desvanecido de la desconocida, se detuvo bruscamente, mirándola asombrado, como si contemplara una visión, como si quisiera huir de ella y al mismo tiempo quisiera arrodillarse a sus pies. ¡Era Dolores!... La propia Dolores que se le volvía a poner en su camino... Pero ya no era la Dolores alegre y risueña de hacía apenas unos meses, sino la Dolores que había recorrido la senda del dolor y de la desesperación, la Dolores

que llevaba retratada en su rostro toda la tortura de su alma atormentada por aquella pena tan honda, tan honda, que no podía soportarla ya y que la había hecho desvanecer al borde del camino, como si fuera una pordiosera abandonada de Dios y de los hombres.

La actitud de Rafael llamó la atención de José y de Juana, que se miraron extrañados y sorprendidos, pero que no se atrevieron a pronunciar ni una palabra.

Dolores, sin abrir los ojos, medio adormecida aún por el desmayo, murmuró unas palabras:

—¡Mi hijo!... ¡Mi hijo!...

—No sufra usted, señora, que está en buenas manos...

—¡Quiero a mi hijo!—volvió a decir Dolores sin abrir los ojos, pero tendiendo sus manos en un ademán de súplica.

—¿Dónde está el niño?—preguntó Rafael.

—Arriba, durmiendo—contestó Juana.

—Pues vaya con él, atiéndale, para que la señora esté más tranquila. Yo me cuidaré de ella... Y vosotros también, dejadme—añadió dirigiéndose a José y a Perico, que le miraban sin atrever a moverse.—Yo atenderé a esa desgraciada. Si os necesito os llamaré...

José y Perico, lo mismo que Juana, se alejaron de la cocina. Perico

tenía los ojos abiertos en una expresión de asombro inaudito y no apartaba los ojos de la mujer desmayada. Cuando ya hubieron salido de la cocina, cogió a su padre y a su madre y les dijo en tono lleno de misterio:

—¿Se han fijau ustés?

—¿En cuál?

—¡En esa mujer... que no es una mujer!

—¿Pos qué es?

—¡La Virgen Santísima!

—No digas sacrilegios...—murmuró Juana santiguándose.

—Tan cierto como hay Dios. Yo mismo lo he visto... Es la Virgen Santísima que está pintando el hermano Rafael, allá en la ermita.

—¡Dios mío! ¿Qué tendrán que ver esa señora y el fraile?

Escandalizados, marcharon los tres a cumplir las órdenes que Rafael les había dado mientras éste se acercaba a Dolores y la miraba con los ojos llenos de piedad y de profunda pena.

—¡Rafael!...—suspiró Dolores que había vuelto en sí totalmente y que se sentía humillada y avergonzada ante aquel hombre, al que había causado tanto daño.

Rafael, sentado al lado de Dolores, sin mirarla, porque no siente bastante fuerza para ello, le va haciendo preguntas, para medir toda la magnitud de la traición del otro.

Dolores habla en voz baja, débil, contristada. Pero le cuenta sinceramente toda su historia, desde el día amargo en que su madre moría herida en mitad del corazón por la pena que le causó la deshonra de su hija.

—¿Y él no te ha dado esperanza ninguna?—preguntó Rafael cuando Dolores hizo una pausa.

—¡Ninguna! ¡Yo acudí a él por mi hijo, no por mí! Pero ni aun pensando en su hijo logró conmoverse ante mi aflicción. Huyó de mí lado, como había huído antes... Y me encontré sola, infinitamente sola, para recorrer la senda del dolor que se extendía a mis ojos árida y desoladora. Cuando nació el niño, todo mi deseo fué volver aquí, a mi casa, y recogerme en ella para siempre, dedicada al cuidado de ese pequeño ser que no tiene la culpa de todo lo que ha ocurrido. Pero había terminado mis fondos, no podía acudir a nadie, tuve que hacer a pie el camino... y lo largo de la jornada, el calor bochornoso, mi propia debilidad, mis tristezas, que pesan sobre mí como una maldición, me han hecho vacilar en mitad de la carretera, donde he caído sin sentido. De no haberme visto esas buenas gentes, mi hijo y yo habríamos ya muerto, y ¡quién sabe si eso hubiera sido mejor!

Dolores tenía los ojos, aquellos

bellos ojos que en un tiempo estuvieron tan llenos de luz y de alegría, arrasados en lágrimas y, vista así, bajo su manto de luto, con aquella palidez de azucena, recordaba como nunca a la imagen de la Dolorosa que Rafael había pintado poniendo en ella pedazos de su alma.

El fraile la contempló largamente en silencio y, alzando al cielo las pupilas entristecidas por el dolor ajeno, exclamó:

—¡Dios mío!... ¿merece castigo tan grande un error como el suyo?

Y pensaba que no, que Dios misericordioso no podía cebarse en aquella víctima, que había sucumbido por el engaño del hombre al que creyó amar. Era a aquel infame al que debía castigar con mano dura, y no a la infeliz mujer que se encontraba tan sola y tan desamparada en medio de la vida. Rafael hizo la señal de la cruz para ahuyentar los malos pensamientos que le atormentaban. Dios hacía las cosas siempre para llegar a sus fines... y los designios de Dios son siempre inescrutables para los ojos de los hombres.

—¡Señora, señora! — exclamó Nicasia asomando su cabeza por la puerta—. El niño se ha despertado y está llorando... ¿Se lo traigo?

—¡No, no!—replicó prontamente Dolores, que no quería hacer su-

frir más a Rafael poniendo ante sus ojos el fruto de su traición—. Yo misma iré. Me siento mucho mejor... Tú me acompañarás a su lado...

Haciendo un penoso esfuerzo, se puso en pie y caminó macilenta hacia Nicasia, que le tendió el brazo para sostenerla. No podía apenas andar y sentía que las piernas le flaqueaban. ¡Tan grande era su angustia y su emoción! Rafael se levantó a su vez y fué tras ella, suplicándole:

—¡Espera, Dolores, espera!...

Pero ella volvió su rostro, lleno de dulzura infinita, miró al hombre con una mirada de gratitud y de desesperación al mismo tiempo, y le contestó serena:

—Mi hijo me llama... Es lo único que tengo en la vida... Me voy junto a él, que me necesita...

Solo quedó el fraile, solo y anonadado por la visión de la mujer a la que seguía amando con todas las fuerzas de su ser, a la que no había logrado olvidar ni entregándose a los rezos y a la disciplina del convento, ni pidiendo a Dios valor para hundir en el olvido aquella

pasión que le iba consumiendo constantemente.

Se quedó mirando hacia la puerta por donde Dolores había desaparecido. Hubiera querido seguirla, estrecharla entre sus brazos, cubrirla de besos y de caricias hasta devolver a aquellas mejillas pálidas y demacradas su color y su vida; pero algo superior a él le tenía clavado en mitad de la cocina, estático, ausente de sí mismo, pensando en quién sabe qué ensueños imposibles, perdidos en el misterio de la nada...

Por el ventanal abierto llegaron hasta él los sonos de las campanas del convento que llamaban a los hermanos al coro. El tañido de bronce le sacó de su ensimismamiento, tuvo una brusca y súbita reacción, alzó la cabeza que hasta entonces había tenido humillada, y cruzando a grandes pasos la cocina y el patio y las calles del pueblo, marchó precipitadamente hacia lo que él creía su refugio espiritual, mientras en lo más íntimo de su corazón se iba repitiendo incesantemente:

—¡Pobre Dolores!...

LA REDENCION

Dolores se había quedado en casa de Perico en donde la llenaban de atenciones y de cuidados sin preguntarle nunca nada acerca de su pasado. Juana era una buena mujer, noble y generosa, que sentía compasión por aquella joven a la que veía llorar con frecuencia y que sólo sonreía tristemente cuando tenía a su hijo en los brazos.

Junto a la camita de su hijo, Dolores sonriéndole le cantaba suavemente una de aquellas dulces canciones en las que palpita todo el alma maternal, y lo mecía para que el niño consiguiera dormirse en la quietud de la hora de la siesta:

Duerme, mi tesoro,
que ya estoy contigo
y ya no te faltan
besos ni calor.
Duerme en mi regazo,
rayito de luna;
duerme en esta cuna
que te da mi amor.
Tu madre te vela,
estrellita mía...
Tú eres mi alegría
y eres mi dolor...
Ea... Ea... Ea...

El nene se adormecía confiadamente en el regazo materno, y por los ojos de Dolores asomaban las lágrimas que ante el niño despierto había contenido para mostrarle sólo la amarga risa de su boca. En el corazón de Dolores no cabía la dicha. La muerte de su madre había sido un golpe demasiado terrible para ella, en aquellas circunstancias. Sabía que ella le había causado la muerte y esto jamás se lo podría perdonar. Luego estaba amargada por la felonía del hombre que la engañó y que habíase mostrado sordo a su pena y a su dolor. Se sentía cada vez más desamparada y temía a la vida que se le ofrecía en negras perspectivas amenazadoras y terribles. El mundo es cruel con la mujer caída, y más cruel todavía cuando ésta no tiene medios y cuando se encuentra abandonada con el fruto de su debilidad al que se tiene que amparar contra todo y contra todos.

No era ella sola la que estaba sufriendo aquel calvario. Rafael,

desde que la viera en la cocina de la casa de Perico, no había tenido un instante de sosiego. Rezaba con más fervor que nunca pidiendo a Dios que le iluminara y le trazara la senda que debía seguir. Ya no sentía fuerzas para continuar en el convento. Le llamaba con voz altiva todo lo que de fuera llegaba. Su pensamiento traspasaba constantemente las murallas del claustro e iba a buscar en el mundo lo que él anhelaba. La celda conventual se había hecho demasiado estrecha para sus ansias. Asomado a la ventana miraba a la noche que se extendía fresca y hermosa, con el rutilante brillar de los astros que marchaban por el horizonte en su incesante rotación a través de los espacios siderales.

Le parecía reconocer, en cada sombra, la figura esbelta y graciosa de Dolores que se le mostraba en toda su tentadora promesa de halago y de amor. Y tenía que hacer un esfuerzo supremo para no marchar hacia aquello que le parecía su amada y que no era más que un espejismo...

Espejismo fué también aquel dúo, que luego, nunca supo si había sido cantado en realidad o sólo soñado en su imaginación exaltada por la fiebre del amor:

RAFAEL

—Ten piedad, Señor,
para la infeliz.

Con mi amor, en otro tiempo,
pudo ser feliz...
Pero, ¿a qué volver
si aquel amor no puede ser?
Alma mía, mi ilusión no ha de volver.

DOLORES

—¡Pobrec Rafael!
añora aún por mí,
sin pensar que mis locuras
te han traído aquí...

LOS DOS

—Calla, corazón,
Ya que feliz no puedes ser,
Alma mía, ¡tu ilusión no ha de volver!

RAFAEL

—¡Dolores, no sufras!

DOLORES

—Tu pena me llena de pesar.

RAFAEL

—Mi dolor no te importa.
Penserosos tan sólo en tu suerte...

DOLORES

—Soy mártir y soy fuerte...
Y sé luchar...

RAFAEL

—¿Por qué no ves al hombre
que ayer te quiso
con tu aflicción?
¡Y, si te precias,
pides perdón!

DOLORES

—¡Jamás, jamás!

¡Maldito sea
el cobarde que manchó mi frente
y aleja y miente
si le recuerdas su delito!
¡Maldito sea! ¡Maldito sea!
Antes mendigar sin honra y nombre
que unirme a un hombre
de tal calca.
¡Maldito
el monja que cruel y avaro
le niega amparo,
cariño y pan a ese angelito!...

RAFAEL

—¡Pobrec Dolores!

¡Pobrec mujer!
¡No sé qué hacer
por que no llores!

DOLORES

—¡Ya no tengo la esperanza
de volverte a ver!

Los dos
—¡Basta de sufrir!
¡Aquel amor no puede ser!

DOLORES
¡Adiós, Rafael!

RAFAEL
¡Adiós!
¡Alma mía, nunca más has de volver!...

Rafael hundió su rostro entre las manos, se apartó de la ventana, se arrodilló a los pies del Crucifijo y oró largo tiempo en busca de paz a su pobre corazón atormentado.

En las eras se estaba ya aventando el trigo. Bajo el sol implacable de fines de julio los campesinos trabajaban sudorosos, enrojecidos, jadeantes, pero alegres, elevando al cielo sus voces claras y sonoras en un canto de jota que los aires llevaban hasta muy lejos. Perico, con su padre y el tío Bienvenido, había trabajado toda la mañana y ahora, a mediodía, había llegado la Nicasia con la comida y el repuesto de botas de vinillo áspero y fuerte que les haría recuperar las fuerzas para seguir trabajando hasta que la noche cerrara.

Nicasia, después que ha escanciado el vino entre todos los obreros, se acerca a Perico y se sienta a su lado amorosa y coqueta:

—Oye, chiquillo, ¿sabes lo que estoy pensando?

—¿Qué?

—Que siento una pena muy grande por ese angelico que tenemos en casa y que no tiene nombre... Tal vez su madre tenga que llevarlo al hospicio...

—Soy hambre yo, ¿y me se parte el alma sólo de pensarlo!...

—Pos yo hi pensao que nos lo podemos quedar. Así tenemos un hijo enseguidica, sin dar que hablar a la gente...

—Bueno... pero... — murmuró Perico rascándose la cabeza con aire de duda.

—Yo le cuidaré muy bien...

—Sí, sí, lo creo... pero... ¿y cuando vengan los nuestros?...

—Pa entonces ya estará criau... —contestó, riendo, la Nicasia.

—Bien, haz lo que quieras... Lo tiés que hacer de toas maneras...

—Eres más bueno que el arroz con leche... — dijo la Nicasia dán-

dole disimuladamente un pellizco cariñoso en el brazo.

Volvieron a trabajar los mozos y Nicasia estuvo rondando por la era toda la tarde para no apartarse de su novio, porque quería animarle con el brillo de sus ojos y la sonrisa de sus labios, que no era avara de ellas.

Cuando el sol comenzaba a declinar José dió la orden de alto:

—¡Basta por hoy, mozos!... Hemos de ir al pueblo, que esta noche es fiesta grande y a ninguno de vosotros vos faltará la moza que os esté esperando.

Cogieron los aperos, los cargaron al hombro, y marcharon cantando, en una procesión franca y jovial, camino de la aldea que se destacaba blanca y risueña sobre el fondo oscuro de las montañas.

Aquella noche era la fiesta de las hogueras, la noche de San Juan, la noche en que nadie quedaba en su casa, la noche en que los mozos y mozas podían gozar a su sabor de la alegría y bailar alrededor de las grandes hogueras, mientras los viejos rasgueaban las guitarras y se les encandilaban los ojos pensando en los años de su mocedad que ya habían pasado para siempre.

Los grupos de jóvenes cantaban bailoteando y riendo:

Ya llegó la noche grande
de los mozos labradores.
Hoy en la vega mandan
los rondadores,
los rondadores...
De rassa y hierbabuena
le ha de llenar el balcón
a la chica morena
por la que pena
mi corazón.

Todo el pueblo está lleno de ruido: rasgueo de guitarras, voces jaraneras, cantos de amor, tonadas alegres, bailes, risas, charlas... Todo el pueblo se ha llenado de música que los aires llevan a lo lejos y hacen atravesar las tapias del convento y se meten en la celda del pobre fraile que pena y sufre porque se siente llamado fuera de la austeridad de la regla, porque es mozo y en él canta el amor y quisiera, como los demás, poder salir de ronda aquella noche y cantar su pena al pie de la ventana de aquella mujer que es su tortura y su obsesión.

Asomado a la ventana de la celda ve las luces de las hogueras que se elevan al cielo enrojeciéndole con sus destellos; escucha la música que llega hasta allí desvanecida por la distancia, idealizada por la noche, y sube a su garganta un sollozo que se rompe en una canción:

La mujer que fué mi vida
por cruel amor llegó hasta aquí,
y al mirarla dolorida
un ansia doposida
despierta hoy en mí...
En sus brazos lleva un niño
que ni bogar ni nombre ha de tener...
¡Y esa injusticia no puede ser!
Es que al ver su desventura
de pena y ternura
se inunda mi ser...
El amor, el amor
que en alma siente
es cosa de bondad,
su calor, su calor
sacando en mí la luz de piedad...
Son dos almas que imploran,
dos seres que lloran,
y su dolor
hace en mí renacer
el amor, el amor.

El tañido de la campana le obliga a abandonar su celda... Es la hora del coro. Mientras los mozos del pueblo serán felices al lado de sus enamoradas, él, con sus Hermanos de religión, entonará los salmos inundados de melancolía y de renunciamiento... Su corazón desfallece... No tiene ya fuerzas para seguir a aquellos hombres que se han dado a Dios... ¡A él le llama con fuerza altanera la voz del amor!...

A cada nuevo Hermano que entra en el coro, la campana da un tañido único que el eco repite haciéndole chocar en las bóvedas de la iglesia y arrastrándole por las ojivas del claustro. Cada Hermano que entra en el coro tiene la obligación de hacer sonar la campana para que el prior los pueda ir contan-

do y sepa si falta alguno. Rafael se ha llegado hasta el coro, ha tomado la cuerda de la campana, quisiera hacerla sonar, pero en aquel momento el aire le trae una voz fresca que canta una endecha de amor:

Clavellina de la huerta
no cierras hoy la ventana.
Clavellina de la huerta.
Escucha despierta
la copla mejor,
la copla de tu rondador...
Y ten la ventana abierta,
que pueda entrar el amor.
Cereza mollar
no quiero un clavel,
quiero los benzos rojos,
que saben a miel...

Rafael deja la cuerda, hunde en sus manos el rostro angustiado y doloroso, y se sienta en el patio, bajo uno de los arcos, y mira aquella noche inundada de luna, en la que todo le habla de amor...

—¡Dios mío, Dios mío, ten piedad de mí!—exclama en un raptó de desesperación.

Una mano cariñosa se ha posado sobre su hombro:

—Hermano Rafael—dice la voz del prior que ha llegado hasta él sin que él le oyera llegar—, tu puesto está en la iglesia... ¿Por qué no acudes hoy al rezo?

—¡Padre mío, tened piedad de mí! ¡Oídmee en confesión!

El prior se ha llevado a su celda a Rafael y ha escuchado, con los

ojos cerrados y con una gran benevolencia, las palabras del novicio. Siempre había pensado que el pintor se había refugiado en el claustro por un gran desengaño amoroso. Ahora sabía de qué se trataba y comprendía las torturas que había sufrido aquella alma buena y apasionada.

—El caso es serio, hijo mío, pero Dios nos ayudará...

—Para probar mi fe, Dios ha puesto en mi camino a la mujer que lo fué todo para mí... y la veo despreciada, triste, sola...

—Sola no, hijo mío. Dios no abandona nunca a sus criaturas...

—¡Desamparada hasta del hombre que tiene la obligación de cumplir el sagrado deber de amparar a ese niño!... ¡No puede consentirse esta injusticia!

—¡Calma, hijo mío, calma!... No te dejes llevar por arrebatos peligrosos.

—Padre, me abraso en caridad por esa mujer y ese niño... No puedo continuar aquí, porque acabaría condenándome... Volviendo al mundo, haciendo lo que me dicta mi corazón, acaso pueda encontrar la dicha sin dejar de ser grato a Dios.

—Siempre pensé que no servías

para religioso... Eres vehementemente, apasionado, impulsivo... El noviciado es una prueba que no has podido superar... Porque esa mujer se ha interpuesto en tu camino. Dios sabe por qué lo ha hecho... Hijo, sigue los dictados de tu conciencia... En el mundo, como en el claustro, se puede servir a Dios, y en el mundo, como en el claustro, te seguirán mis bendiciones... Ve a amparar a la pobre caída... Acaso tú seas no sólo su amparo, sino también su salvación... La soledad y el abandono son malos consejeros... Ve con ella, no temas nada, tienes de tu parte al amor, que es el don más precioso que Dios ha dispensado a los mortales.

—¡Gracias, padre mío, gracias!

—exclamó Rafael regando de lágrimas la mano que el prior le había tendido para que se la besara.

—Vuelve a tu celda... Duérmete, si puedes, repósate... Estás muy excitado. Mañana se te abrirán las puertas de esta casa que ha sido tu refugio de hombre desesperado. Nosotros quedaremos aquí rogando por ti... Siempre seguiremos siendo tus Hermanos y esta casa estará siempre abierta para ti, porque eres un alma noble y generosa y Dios está contigo.

* * *

Durmió poca y mal, esperando que la luz del alba le trajera la libertad que ahora le tardaba en llegar. Vestido con su ropa de seglar se despidió del prior y de sus Hermanos, que le vieron partir con pena, pues todos le querían, y, cuando sonaban alegres las campanas de la plazuela de la ermita en donde se celebraba la fiesta religiosa de aquel día señalado, marchó contento en busca de la mujer amada a la que iba a ofrecer su nombre y su mano para marchar juntos por la vida...

En la plazuela de la ermita se había reunido todo el pueblo. Iban las mozas con sus trajes domingueros, vistosos y chillones, y ellos con su calzón corto y su blanca media impecable, y sus alpargatas nuevas. En el aire flameaban las banderas y los estandartes. Las guitarras, que no habían cesado de sonar en toda la noche, seguían rasgueando aquellos aires de jota que ponían en los pies inquietudes y en el corazón nuevas palpitaciones.

Todos los rostros estaban alegres. En todos los ojos había chispazos de dicha y de amor. Los grupos formados en torno a la plaza, bailaban airoosamente la jota, con los brazos al aire, los cuerpos firmes, las caderas ágiles, prietos los bustos que se marcaban tentadores y exuberantes bajo los corpiños llenos de pedrería.

La Nicasia y Perico han marchado adelante, porque sus padres no acaban nunca más de estar compuestos.

—Haremos tarde... — le dice Juana a su hombre—. ¿Vienes a qué?

—Aspera, mujer, que me estoy poniendo las botas y ese condenao ojo de gallo que tengo en el dedo chico no quíe que le tapen la vista.

—¡Ah, vamos, pues, y déjate de ojos de gallo!...

—Quisiá que lo tuvieras tú. Me apretan las botas como si fueran de otri.

—¡Vamos, condenao, vamos!... ¿No viene usté, señorita?

—Id vosotros... yo iré más tarde, cuando no haya tanta bulla...

Todos se han marchado y Dolores suspira angustiada. ¡Qué felices son aquellas gentes sencillas que se han amoldado a la vida del campo y no tienen ambiciones ni conocen ninguna complicación sentimental!... Nicasia y Perico se quieren con un amor fresco, jugoso, despreocupado, de animalucos salvajes, y a nadie le parece mal que se quieran, ni a Perico se le ocurrirá nunca abandonar a la novia para ir a casarse con otra más rica...

Llegan hasta ella las algazaras del pueblo. El niño duerme tranquilamente. Dolores se encamina con paso lento a la ermita. Quiere ver, aunque sea de lejos, la alegría sana de aquellas gentes por las que hoy siente un poco de envidia.

Al embocar la plazuela tropieza de manos a boca con Rafael, vestido de seglar, y, al verlo así, comprende lo que él está dispuesto a hacer por ella. Un doble grito, un grito de júbilo, sale de sus gargantas:

—¡Rafael!...

—¡Dolores!...

Se abrazan estrechamente, en un abrazo de entusiasmo y de amor, sin recatarse, gozosos de poder mostrar a la luz del día sus sentimientos a los que nadie puede oponer-

se. Rafael le dice palabras al oído y Dolores revive a la dicha, a aquella dicha que ella había creído desvanecida para siempre. Sus ojos brillan, no se sabe si con fulgor de lágrimas o con luz de felicidad; acaso de todo haya en ellos en este instante supremo en que el hombre le ofrece los brazos, bastante fuertes para ampararla a ella y a su hijo.

—Todo lo espero de Dios y de ti—le dice Dolores abandonándose a aquel abrazo dulcísimo—. Iré donde tú me digas, haré lo que quieras... ¡Eres mi ángel tutelar, Rafael! ¡Te quiero con toda mi alma!

Rafael la toma de la mano, quiere llevársela lejos de aquel bullicio, tenerla para él sólo, apartarla para él sólo, apartarla de todos aquellos lugares en que ha sufrido tanto y que le han de recordar siempre su calvario. Ahora todo cambiará. Marchan cogidos de la mano, como dos niños, marchan camino del pueblo a buscar al chiquito para ir a la ciudad y emprender en ella, desconocidos de todos, una vida nueva y dichosa, al amparo de aquel amor tan grande que les ha unido y que les ha hecho triunfar de todas las crueldades de la vida y de todas las maldades del destino.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Rafael la vuelve a estrechar entre sus brazos, cuando ya están lejos de toda la turbulenta alegría de los campesinos, la estrecha muy fuerte, como si tuviera miedo a perderla otra vez, y la silueta de los dos amantes, se destaca suave e inmortal, sobre el cielo cobalto y oro y ante la esplendidez del fértil panorama de la tierra que les ofrece una amplia perspectiva a la felicidad que hoy comienza...

FIN

Ultimos éxitos publicados por
Ediciones BISTAGNE

Cuesta abajo
Un capitán de cosacos
Sola con su amor
Sor Angélica
El negro que tenía el alma blanca
Canción de cuna
La hermana San Sulpicio

EXCLUSIVA DE DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbara, 16 - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

La feria de la vida.	El hijo de la satrocinia.	El sexo en el suelo.	Judea.
Una noñera y una rubia.	Larry Lynch.	El boxeador y la dama.	Canavva.
Cómo tú me deceas.	Marzo Chloa.	Esclavos de la tierra.	El primer amor.
El religioso.	En ti y ella.	Mujeres y Don Juan.	El mismo.
El amor y la muerte.	Un león en la alcoba.	Alma de halitina.	Un camino de coque.
Una cruz romántica.	El amor de los castaños.	Yo he sido esclava.	El altar de la moda.
Reputa y la zarza.	La dama eterna.	No seas celosa.	La virgen de la rosa.
Quisiera tiene un secreto.	La hombre de coraza.	Detrás de conchillos.	La herencia.
20.000 años en Sing Sing.	La casa de Ronda.	Avés sin rumbo.	Madame Du Barry.
Historias en Sodomit.	El rey de los toreros.	Simón y así.	Sucedid una noche.
Milagro.	La Cruz y la Rueda.	Peccada en la calle.	Hombres en blanco.
Vivamos hoy.	El sexo del misterio.	Una noche en El Cairo.	Países humanos.
Odio.	Adios a los armas.	Una de medianoche.	Nova la vida!
Los crímenes del museo.	La moneda.	El rey de la pista.	El negro que tenía el alma
El secreto del mar.	13 años más.	Sobre el cielo.	blanca.
Una lágrima escondida.	Carafina de Noya.	Las sorpresas del coque.	Carolina.
Des noches.	Coma.	Sol en la nieve.	Carota abata.
La melancolía prohibida.	Belleva a la vaua.	Madres de hamidore.	Sola con su amor.
El primer derecho de su vida.	La hermana blanca.	La portera de la fábrica.	El mundo tembla.
Ulla.	La Reina Cristina de Sue-	Oranaheta del amor.	Canción de casa.
Canción de Oriente.	cia.	Funny.	Pax en la tierra.
La amargura del general.	En un caso de ella.	Siempre en mi corazón.	La dama del boulevard.
Van.	Se ha fundido un preso.	Tercun y su compañera.	La hermana San Sulpicio.
Bolicho.	El error de los padres.	El gato y el violín.	El signo de la muerte.
La vida privada de Enri-	la ciudad de cartón.	Ser Angélica.	
me VIII.	Handura de infierno.		
Una Diabola.	Gaña Franciscueta.		
El padrino ideal.	El cast de la marina.		
El niño errante.			

Que han constituido otros tantos éxitos para esta colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

Próximo número: ¡Acontecimiento!

LA MAGNIFICA NOVELA LAS FRONTERAS DEL AMOR

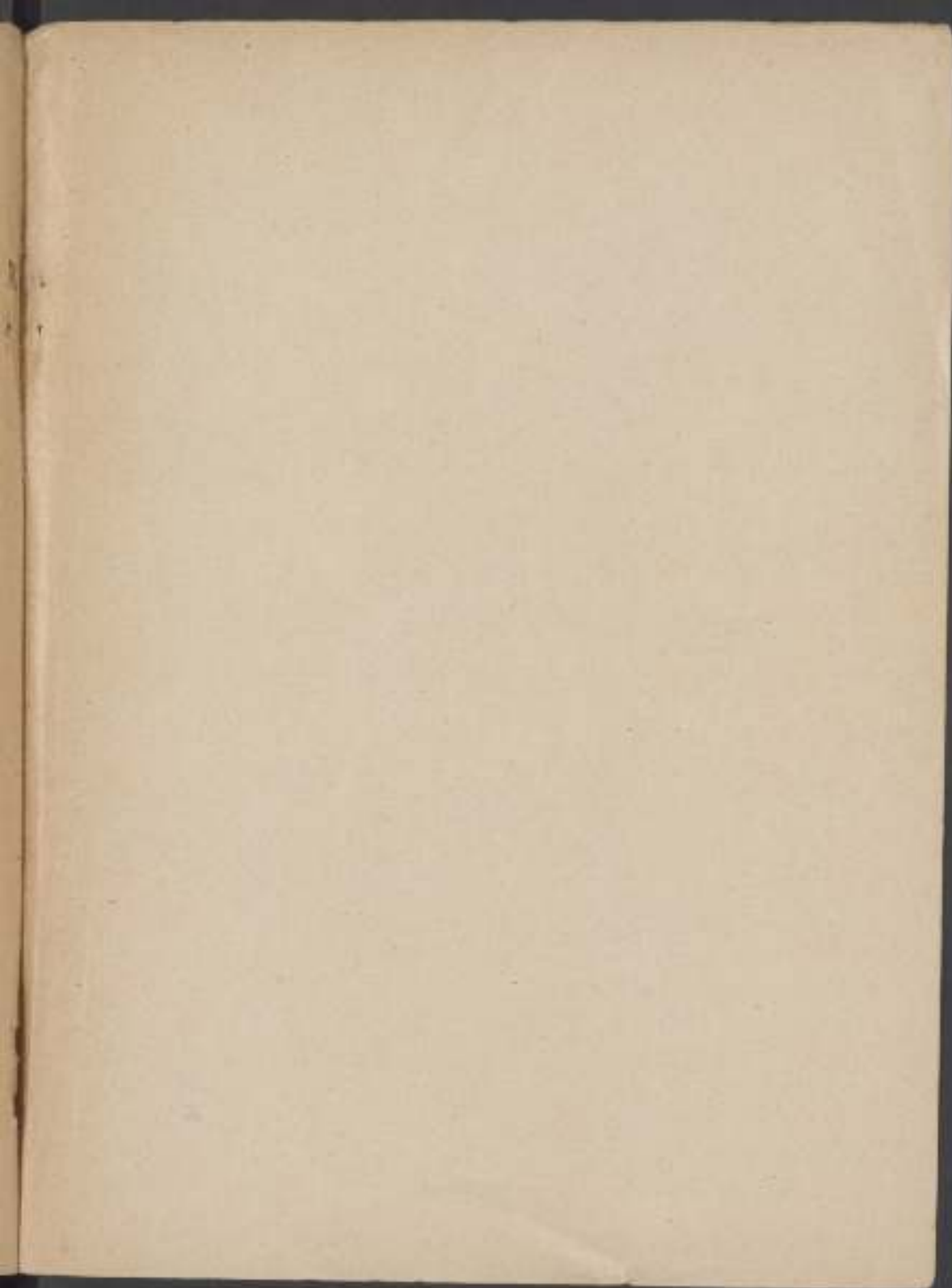
Ultima creación de
José Mojica
con
Rosita Moreno

Bellísimas canciones

Precio: 1 peseta

EDICIONES BISTAGNE

publica siempre lo mejor





El glorioso maestro Serrano, autor de la música de
«LA DOLOROSA»

8